

PAPEL DE LOS DESCENDIENTES DE AFRICANOS EN EL DESARROLLO ECONOMICO-SOCIAL DEL PERU

Fernando Romero

Para enfocar, en lo que concierne al Perú, el tema del “desarrollo socio-político de la minoría africana”, hallo una dificultad más aparente que real pero que debo superar, respecto a los términos que clasifican al sujeto. El grupo minoritario se define en los diccionarios sociológicos como la pluralidad (inferior a la mitad) de los seres de un conjunto, que está unida por ciertos lazos especiales que le son peculiares (usualmente raza y/o religión) y que difieren de los que cohesionan al conjunto. El desarrollo “socio-económico” que debemos estudiar, por otra parte, es el de patrón occidental, es decir, “blanco”. Esto podría enfrentarme a un problema. Lo conocido del tema me exime de entrar en detalles sobre lo que fue el imperio creado por los Incas. En 1533 comenzaron a convivir en su territorio indios, españoles y africanos en proporciones que es preciso tener en cuenta. Los indios eran ocho millones según el censo de 1570-1575. Este número pasó a ser de 764,894 en 1791, de 1,504,678 en 1876 y de 2,874,196 en 1940. A base de datos existentes en los archivos españoles, Vincens ha hallado que los blancos eran 25,000 en 1570 y 70,000 a mediados del siglo XVII. Llegaron los blancos y mestizos, en conjunto, a 380,000 en 1791, a 1,040,652 en 1876 y a 3,283,360 en 1940. Si no se toman en cuenta las estimaciones inseguras, nuevamente gracias a Vincens se sabe que en 1650 había 60,000 negros y 30,000 mulatos. Los censos de 1791, 1876 y 1940 dan, respectivamente, 59,462 y 52,588 y 29,054. Esas cifras, más otras que aunque no son muy confiables ayudan en los cálculos, muestran que:

a) De los 439 años de convivencia trirracial en el Perú, durante 365 la población india fue la mayoritaria, y hoy continúa en cantidad predominante si se la agrupa con la mestiza;

b) A mediados del siglo XVII los negros y mulatos constituían el 0.002% del total de habitantes, y los blancos eran el 0,001%;

c) Los negros y mulatos fueron en conjunto más numerosos que los blancos hasta el XVIII y continuaron siéndolo solamente en la zona costera,

d) A partir del XIX la población morena perdió su predominio numérico también en el litoral, pero en una proporción menor a la que muestran los censos republicanos, según se explicará.

En cuanto a lo que se refiere al término “africano”, que por necesidad formal aparece en el nombre de este ensayo, hay que olvidarlo con frecuencia al discutir el caso peruano. Hace más de un siglo que murió el último africano que

nos trajo la abominable trata. Además, me apego a Bastide creyendo que en mi país resulta irreal hablar de una "cultura africana"; pero que puede tratarse de una cultura negra y de un hombre negro. El calificativo que voy a emplear no facilita, por cierto, el estudio. Logan, profesor universitario norteamericano (de color), después de viajar por el continente expresó que "cualquier estudio sobre el negro en Hispanoamérica encuentra la dificultad de determinar quién es negro", lo que se puede aplicar bien al Perú, país de múltiples mezclas étnicas. El imperio que existió en nuestro territorio estaba constituido por un mosaico de tribus, conquistadas o integradas pacíficamente, que habitaba un amplio territorio que comprendía Bolivia y Ecuador, extendiéndose hasta ciertas zonas de la Argentina y Chile. Por otra parte, el pueblo español se había formado mediante la fusión de numerosas etnias no sólo europeas sino también del Africa, incluyendo negros pues, según Domínguez Ortiz, en España había en el siglo XV 100,000 esclavos de este color. En cuanto a los esclavos que entraron al Perú a partir de 1534, he identificado unas cincuenta tribus y tengo aún veinte de denominación y origen inciertos. Esos africanos procedían de la costa occidental, del Senegal a Angola, pero hubo buen número del litoral oriental situado sobre el Indico, incluyendo la isla de Madagascar. Esto significa una gran variedad de culturas y de características físicas. Hay que añadir que con ellos entraron, aunque en pequeña proporción, personas capturadas en la India, Filipinas, Nueva Guinea y Java; y hasta japoneses y chinos. Como todavía no he llegado a determinar de una manera segura el número de africanos que vino al Perú ni su división cuantitativa entre las tribus, me abstengo de consignar aquí cifras dudosas.¹

Todos aquellos que fueron traídos en la trata negrera se instalaron en la costa. Esta es la región más pequeña del Perú. A partir de la conquista sólo quedó en ella el resto de la antigua población indígena del litoral que no emigró a las serranías. Los miembros de esos dos grupos étnicos y los españoles que se avecindaron en esta zona, convivieron y tuvieron hijos los unos en las mujeres de los otros, y estos hijos procedieron entre ellos de la misma manera. El abigarrado revoltijo de quienes siendo ya mezclados se remezclaron, produjo una complicada variedad física de individuos. Para clasificarlos se creó un sistema de

1 El presente artículo se basa en una ponencia que el autor presentó al seminario sobre "El Papel de la Minorías Étnicas en el Desarrollo Socio-Económico de América Latina", que tuvo lugar en Panamá en 1974 Financiado por la Fundación Friedrich Ebert. Resume informaciones halladas en una investigación en curso, las cuales el autor no considera concluyentes pues tan rico es el acervo documental peruano que debe examinar, que las retractaciones futuras son posible. El origen de este trabajo hace explicable la ausencia de notas bibliográficas de algunas citas. Sin embargo, el autor se siente en la obligación de dar a conocer que de las obras consultadas, a una de ellas debe informaciones de importancia. Se trata de *The Agrican Slave in Colonial Peru (1524-1650)*. Stanford, 1974; magnífico estudio del Dr. Frederick P. Bower. (Hay traducción castellana en Siglo XXI, México 1977).

denominación basado en los supuestos porcentajes de las “razas” de los progenitores que cada persona poseía, y en el color de la piel. Con gran seriedad se empleó para distinguir las “castas” de negros nacidas como resultado del intercurso sexual, nombres traídos de España y creados en América, como los siguientes: *mestizo prieto*, *negro chino*, *mulato*, *mulato claro*, *mulato oscuro*, *mulato morisco*, *mulato pardo*, *mulato lobo*, *tercerón*, *cuarterón*, *zambaigo o zambinga*, *chino*², *rechino*, *chino prieto*, *chino claro*, *zambo*, *zambo claro*, *zambo prieto*. No era eso todo. Había otros tres nombres que parecían el resultado de un juego al escondite biológico: *ahí te estás* (*tente en el aire*) y *salto atrás*. Y existía uno, por último, que era como un grito de desesperación etnográfica: *no te entiendo*.

Enfrentados a tal multiplicidad, en el siglo XVIII los españoles cortaron por lo sano dividiendo oficialmente a la gente de color en dos grupos. El censo de 1791 la separa entre “negros” (que venía a ser sinónimo de “esclavos”) y otra denominación que engloba a todos los demás, a la que llamaron “castas”. Este término resulta muy útil en un estudio sobre el negro. Permite llegar a conocer en forma clara la concepción de los blancos respecto a lo que era la gente de color, y ayuda a sentar ciertas hipótesis sobre la manera en que se produjo la movilidad social.

En general, la organización en castas es un sistema jerárquico de control, en el que a cada grupo se le asigna una categoría social que depende, en la mayoría de los casos, de su origen étnico y de su religión. Como el catolicismo se imponía a los africanos, a veces antes de que zarpara de su continente el buque negrero, la categoría entre nosotros se basó exclusivamente en la “raza”, y esto se advierte muy bien al examinar las *Leyes de Indias*, en las cuales se establece un sistema de derechos, prohibiciones, relaciones sexuales, convivencia, matrimonio, tributación, etc., que son diferentes para los esclavos, negros libres, mulatos y zambos. Que tal concepto no desapareció al iniciarse el régimen republicano, lo prueba el hecho de que en la *Estadística. . . peruana* de Córdova y Urrutia (1839) figura todavía la agrupación “castas”. Cuando los políticos liberales de mediados del siglo XIX tratan de difundir en el Perú ideas democráticas, se elimina en las recensiones de la población esa palabra y comienzan a emplearse términos como “mezclas” y “diversos cruzamientos”. Parecería que este síntoma y los efectos del capitalismo, que halla refuerzo en la explotación del guano y del salitre, van a establecer una estratificación de los habitantes en *clases*, es decir, en grupos que ya no se diferencien por su origen étnico sino por su gravitación política, sus ingresos personales, sus categorías de ocupación y el alcance de sus posibilidades de promoción social. En la práctica no resulta así. La Constitución y las leyes

2 Término regional de una *casta*, que no indica ascendencia asiática.

tratan de lograrlo; pero el concepto de casta sigue calando muy hondo. El blanco declama sobre la igualdad civil entre sectores e individuos; pero respinga frente a la pigmentación oscura de la piel. El no-blanco, especialmente la gama de negros y “mezclas”, por su parte, coloca su mayor interés en descolorarse oficialmente. Han desaparecido las “gracias al sacar” que al final del período colonial permitían comprar un color más claro; mas se ha creado algo así como unas “gracias al recibir”, que ahora son otorgadas en las recensiones demográficas.³

En los censos de 1791, 1876 y 1940 tiene la anterior situación como una consecuencia que los datos que se consignan no siempre correspondan a la realidad, porque la información que los individuos proporcionan y los funcionarios registran en sus documentos, es desvirtuada con frecuencia como resultado de las varias reacciones que el prejuicio racial produce. Por eso hoy se nos hace difícil llegar a conclusiones fundadas acerca del proceso de la movilidad. Un factor de carácter económico aparece en el censo de 1791, además del factor social que se acaba de mencionar. Durante la segunda mitad del siglo XVIII los hacendados costeños hicieron una activa campaña para conseguir una “apreciable” importación de negros, alegando que el escaso número de esclavos había elevado mucho sus precios y que el aumento de la gente de color que había logrado su manumisión se traducía ahora en pago de altos salarios que no estaban al alcance del económicamente deprimido sector agrícola. Favorecía a los terratenientes que las cifras estadísticas les dieron la razón. No es de extrañar por eso que a la postre el censo consignara que de la población de color el 5.300/o fuera de “castas libres”, y sólo el 4.850/o de “negros”, es decir, de esclavos. De tales cifras me permito dudar. Entre los mediados del XVII y los del XVIII debió venir al Virreinato una buena cantidad de negros. Yo he hallado cifras del lapso 1695-1711 que registran un promedio oficial de ingresos de 216 por año (sólo por el Callao y en forma oficial), número que es ligeramente inferior al más elevado que se halla en otros siglos. No hay razones para creer que pocos años después hubo un considerable decrecimiento de inmigrantes forzados. El período 1650-1750 fue de activo contrabando, que realizaron los asentistas holandeses, franceses e ingleses que se fueron sucediendo en el negocio de la trata, quienes fraudulentamente traían esclavos negros de Nicaragua (comprados a los británicos en Honduras), de la costa meridional del Ecuador y de Chile. Los portugueses, por su parte, aunque habían perdido el asiento, eran experimentados contrabandistas de negros que metían al Perú por varias vías. Por Montevideo, Buenos Aires y Potosí. En forma limitada, por el Marañón. Por el territorio de Corrientes y por el Paraguay, a través del Chaco boliviano. Y,

3 Para más detallada información véase, del autor, “El mestizaje negroide en la demografía del Perú”, en *Revista Histórica*, Lima, 1965, v. XXVIII.

aunque en pequeño número, hasta por los tributarios occidentales del Madeira, pues a mediados del siglo XIX, una exploración realizada en tierras de los anahuacas, de nuestro río Ucayali, dio a conocer que hacia muchos años que esta tribu tenía relaciones con grupos negros que habían llegado por el Oriente de su territorio. Tales circunstancias me llevan a suponer que en el censo realizado en el Perú en 1791, se dejó de declarar una buena cantidad de esclavos que habían entrado por contrabando; y también a cierto número de gente de color se la hizo figurar entre las "castas libres". En la segunda mitad del XVIII disminuyó la natalidad y aumentó la mortalidad de los esclavos, a causa del criminal descuido que los navieros-comerciantes latifundistas mostraron en la conservación de su mano de obra agrícola, por razones que se explicarán en otras partes de este trabajo, y durante los finales del gobierno de Abascal (1806-1816) cesó del todo la introducción de negros que venían directamente de África y por la vía marítima. Los indios y mestizos bajaron de sus serranías hacia la costa cuando terminó el coloniaje español. Se dio la libertad a los negros, primero en forma limitada y después sin restricciones. Tales circunstancias aumentaron en el litoral los cruzamientos entre los grupos étnicos. Sin embargo, sospecho que la cantidad relativa de negros que da el censo de 1876 (1.950/o) peca por defecto. Como lo hace saber Paz Soldán ese mismo año, durante el siglo pasado intervenían en el registro censal diversos intereses económicos en pugna, y las cifras que se consignaban no siempre respondían a la realidad. Además, el negro y sus mezclas tenían gran interés social en escapar *legalmente* de esas castas. Es de creer que la considerable reducción de gente de color que muestran las cifras consignadas en los censos de 1876 y 1940 (1.950/o y 0.440/o, respectivamente) se debe en buena parte a que muchos descendientes de africanos lograron que se les registrara como mestizos y aun como blancos. En resumen, hasta que no complete mis investigaciones, me resulta difícil llegar a conclusiones sobre movilidad, que tengan respaldo adecuado. Lo que sí cabe deducir con cierta certidumbre es que se verificó entre *castas* y sólo recientemente ha aparecido la movilidad entre *clases*. Parece que en el criterio de clase los dos elementos principales de catalogación que determinen los agrupamientos deberían ser el económico y el social (tomando este último, sobre todo, por las oportunidades que se ofrecen para la promoción). Como se va a ver en lo que sigue, entre nosotros el origen étnico ha fijado en forma predominante tanto los ingresos como el acceso a la educación promotora de movilidad, debido esto último al híbrido sistema feudal-capitalista existente en la costa, a la concentración de la gente de color en las áreas rurales carentes de escuelas, primero, y, después, con centros formativos de la niñez y la juventud que copiaban patrones educativos inadecuados al medio.

La distribución geográfica influyó en unos casos en favorecer y en otros en

retardar la movilidad, así como tuvo considerable peso en el fenómeno de aculturamiento. Esto hace necesario presentar ciertas características de la dispersión de la población de color. Lo más importante es que el 92% de sus componentes habitó en la costa, región que sólo comprende el 13% de la superficie del país. A esta concentración de carácter regional se sumaron otras dos. Más de la mitad de esa gente era población rural que trabajaba en los latifundios y haciendas, en una actividad agropecuaria. En los núcleos que se formaban en ellas y sus cercanías, constituyeron una abrumadora mayoría numérica respecto al blanco. Según el censo de 1791, la provincia de Cañete tenía nueve veces más negros que blancos; y la de Chancay, cuatro veces. En otros lugares la cifra relativa era similar. En Ica (provincia), llegaba a 75%; en Trujillo (intendencia), a 60%; en Lambayeque (partido), a 57%; en Piura (partido), a 54%. Si se examina el censo de 1940 se encuentra que las áreas de concentración siguieron siendo las mismas en la etapa republicana, aunque disminuyeran apreciablemente los porcentos. En cuanto a Lima, el 40% que señala la proporción en 1614, pasó a 60% en 1791 si se suman los negros y sus "castas". Estos valores relativos disminuyeron con sospechosa rapidez durante el período republicano: 11% en 1862, 9.3% en 1876 y 4.8% en 1908. Se convendrá en que resulta extraño que no habiendo llegado a nuestra capital ninguna partida colonizadora de gente blanca (siquiera de proporciones apreciables), y sin que haya ocurrido una emigración masiva de gente de color hacia las provincias serranas (puesto que el proceso de movilidad geográfica ha tenido sentido inverso, aunque en verdad no ha sido tan elevado como el que hemos visto durante los últimos veinticinco años del siglo XX), la población "negra" de Lima haya disminuido oficialmente en 55.2% durante el lapso de 138 años, sólo a consecuencia de un mestizaje de carácter normal.

Mediante lo dicho hasta ahora podemos llegar a la conclusión de que las informaciones estadísticas, aunque imperfectas, parecen mostrar que en el lapso de cuatro siglos la población negra, que hasta los comienzos del siglo XVIII constituyó una mayoría numérica en la costa, abrumadora en algunos lugares, en el siglo XX perdió esa posición, si se da crédito a los censos cuya veracidad es sospechosa. Si no fuera porque los datos consignados son un útil elemento para que se comprendan ciertos fenómenos sociales, el empeño de haberlos presentado parecía innecesario. La antropología social considera que aunque las comunidades de indios y negros pueden ser cuantitativamente predominantes en los territorios regidos por los blancos, "son siempre minoritarios desde el punto de vista cultural, económico y político", con frase de Bastide al referirse al Nuevo Mundo. Por eso el proceso de aculturación en nuestro país presenta los comportamientos de resistencia, adaptación y aceptación, que se derivan de tensiones provocadas por fuerzas sociales en conflicto dentro de un territorio

donde existen minorías. Las características de tales comportamientos muestran múltiples facetas. Sólo nos será posible presentar las más importantes en el caso del Perú.

Hubo en nuestro país durante los casi tres siglos de dominio español una reacción contracultural por parte del elemento negro. Su modalidad e impulso, que dio el tono a la protesta del negro republicano, tuvo características diferentes a la reacción que se produjo en otras colonias, así como resultó menos rotunda a causa de ciertos factores determinantes que aquí se dieron como consecuencia de la cronología de la trata peruana, de la riqueza de nuestro virreinato, del papel económico y social que se impuso a la población aborigen y de las características topográficas que presenta la zona en que vivió la inmensa mayoría de la gente de color.

Aunque un informe al rey, de un funcionario de Tierra Firme, expresa que en los cinco primeros meses de 1535 habían pasado 400 negros en viaje al Perú, lo general fue que durante el siglo XVI las licencias para su introducción comprendieron un máximo de 100 esclavos por cada favorecido. Ciertamente que he hallada ya en 1540 y 1548 cartas de venta que parece indicaran un negocio de esclavos establecido en Lima. Pero lo real es que el *tráfico negrero* no aparece hasta junio de 1573, para ampliarse considerablemente a partir de 1580, en que al apoderarse de Portugal, Felipe II se posesiona de las factorías lusitanas del Africa. La circunstancia enunciada se menciona para hacer notar que el ingreso masivo de negros en el Perú comenzó después que los españoles habían tenido una experiencia que duró tres cuartos de siglo, sobre levantamientos de esclavos, cimarronaje y formación de palenques en las Antillas, Castilla del Oro y otros lugares de Tierra Firme, hecho que les hizo dictar medidas gubernamentales destinadas a impedir que también en el rico Virreinato del Perú se produjeran esos transtornos.

La abundancia de esclavizados indígenas proporcionaba en nuestro país mano de obra, en verdad gratuita, para la minería y otros empeños económicos. El dueño de esclavos negros no tenía que cuidar aquí su inversión mediante duros sistemas que impulsaran a la reacción contra el amo. La riqueza del español y del criollo peruanos los alejaba de utilizar la usura con respecto a ese bien económico que era el esclavo, el cual constituía en buena parte una inversión suntuaria. Había entre los blancos ciudadanos competencia sobre quién poseía el mayor número de esclavos y los vestía con mayor lujo, lo cual favorecía el ocio del servidor y lo colocaba en un nivel de vida que podía resultar económicamente mejor que el usual en su país de origen.

Al venderse a esa comodidad que obtenía gracias al oro que con su esfuerzo había permitido al blanco acumular, por lo general el africano y sus descendientes no dieron batalla. Podría decirse que en la mayor parte de los

casos, y especialmente al comenzar la conquista española de nuestro territorio, fue más frecuente que los negros llegaran a concertar con los blancos un *modus vivendi* que permitió que existiera paz entre ellos, aunque no fuera sino de un carácter precario. Por otra parte, si los indios miraban rencorosamente al europeo que les había quitado sus tierras y que les imponía un trabajo brutal y con pésima recompensa, los africanos eran para ellos igualmente intrusos y además colaboracionistas del mandón. La fidelidad o acomodo de los esclavos *ladinos* debió influir en que los inmigrantes forzados que ingresaron en nuestro territorio durante el siglo XVI, tomaran a su cargo tareas que debieran haber correspondido a los conquistadores y primeros colonos, sumando esfuerzos contra los aborígenes en una forma que permitió a los europeos que, sin trabajar, usufructuaran los réditos de sus sucesos militares.

La posible rebelión de los esclavos fue una pesadilla que amargó las dulces noches del blanco peruano, quien siempre temió que se unieran a los piratas ingleses, franceses y holandeses, como había ocurrido en otros lugares, o que se sublevaran, como también sucedió en varias colonias. Nunca se dieron cuenta de que la geografía física y humana estaba a su favor. Los negros se hallaban agrupados en oasis costeros separados por amplios arenales, lo que hacía imposible que pudieran unirse sorpresivamente. Era difícil, también, que se constituyeran en bandas armadas o que huyeran individualmente porque no tenían a dónde hacerlo en el litoral formado por pampas reseca. Sólo las serranías se les ofrecían, con sus roquedales y cuevas propicias al ocultamiento. Pero en ellas, por lo demás, vivían grupos humanos que se hallaban en sojuzgamiento y miseria peores que las propias. No podían comunicarse con los indios, quienes sólo hablaban sus lenguas vernáculos y que, además, los rechazaban. Ante tales circunstancias adversas resulta admirable que individuos a quienes ponía en hervor combativo el ansia de libertad, con valor a toda prueba, carentes de armas, en territorio desconocido, se levantaran abiertamente contra los amos de esa raza que los habían cazado como a fieras, vendido mediante tasación en palmas como a cualquier mercadería y marcado con el hierro candente como a animales. Sus hijos, los mulatos, por su parte, a veces se unieron a los intentos de rebelión que alentaron los mestizos, y a las sublevaciones de los indios de los obrajes. Pero nunca los unos o los otros obtuvieron buenos éxitos y si los lograron fueron temporales. Esto último ocurrió en zonas propicias como los manglares y bosques del extremo Norte y la región arbolada de Vilcabamba. Por excepción, el hasta hoy subsistente toponímico *Palenque* (en Huaura) recuerda la efímera existencia de un grupo armado que se constituyó en el litoral. Precisa añadir, para que el cuadro resulte más completo, que la erosión de anhelos libertarios que en ellos se había producido les restó aliento para aprovechar el gran levantamiento indígena y

serrano de Túpac Amaru (1780). No coadyuvaron, desde la costa, a que se produjera una revolución general contra los blancos. Dada la situación existente a fines del siglo XVIII, no había en el litoral caldo de cultivo que alimentara una lucha cruenta de los negros, mulatos y zambos contra los españoles. Les faltó un dirigente que pudiera hacer cabeza. Sus mejores hombres habían logrado ya estabilizar su situación en la clase media, en calidad de libres, descolorándose y desafricanizándose. A esa clase media pertenecían los regimientos de “pardos” que fueron mandados al Cuzco a debelar la rebelión de Túpac Amaru.

Como en las otras colonias, el justificado deseo de escapar de los abusos o simplemente de volver a gozar de la libertad a que tenían derecho como seres humanos, produjo la huída de los esclavos y su unión en bandas de *cimarrones*. Para obtener alimento o para saciar su deseo de venganza tales grupos derivaron hacia la criminalidad asaltando los pequeños negocios agrícolas, villorrios y viajeros, y las comunidades indígenas en las cuales no sólo realizaban robos y asesinatos sino también violaciones de mujeres.

La huída de los esclavos significaba pérdida económica para los amos. De allí que este “delito” fuera sancionado por las autoridades civiles y, en determinadas oportunidades, provocara el anatema que la Iglesia lanzaba contra quien ocultara o protegiera a los comitentes, aunque también se dieron casos en que el elemento eclesástico apoyó a los fugitivos si estos comprobaban la sevicia de sus patrones. No tuvo el cimarronaje en el Perú la importancia que alcanzó en otros países, también a causa de que la topografía costera no ofrecía escondites seguros. Figuró, no obstante, entre las formas de “mala vida” de la gente de color, que se ponían a en relieve para justificar la esclavitud. Junto a la fuga aparecieron otras manifestaciones de las protestas contra los abusos, del desajuste moral, de la degradación que causaba la servidumbre. Quien lea los acontecimientos de la vida limeña tales como vienen consignados en los *Diarios* de Suardo y Mugaburu, hallará una larga relación de “bellaquerías” sexuales en lugares públicos, asesinatos de amos, homicidios por celos o a consecuencia de reyertas, asaltos, robos, etc. Los frecuentes suicidios de los esclavos eran también considerados delitos, como un fraude, pues impedían que el amo recuperara la inversión hecha al comprar una *cosa* humana. Se ignoraba por entonces que iba más allá el alcance que tenía esta última modalidad de la protesta. Según la tribu a que el esclavo pertenecía, podía asumir el carácter de un censo redimible solamente en el infierno, pues dentro del magicismo africano cuando un individuo se quita la vida a causa de injurias recibidas, hace a veces al causante un maleficio eterno.

Junto a los factores que debilitaron la contraculturación hubo varios otros que favorecían la adaptación cultural, creando formas sociales que representaban una reconciliación entre actitudes que de otra manera hubieran sido conflictivas.

Las principales fueron: aquellas circunstancias que impedían la creación de comunidades negras más o menos homogeneizadas que defendieran los patrones culturales africanos, la abundancia de *ladinos* que hubo en el siglo XVI, la movilidad horizontal que se estableció y el progresivo incremento de “negros libres”.

A las colonias españolas y portuguesas del Atlántico occidental y del Caribe las hornadas de esclavos podían llegar directamente del África. Esto explica que predominara en ciertos lugares (Cuba, Haití, Santo Domingo, Brasil, especialmente) el agrupamiento de familias étnicas entre las cuales se imponían ciertos rasgos culturales de carácter común. En el Perú no ocurrió así durante los dos primeros siglos del coloniazaje, porque los esclavos que venían por Panamá, en su mayor parte eran comprados en las islas inglesas, francesas, holandesas y danesas de las Antillas, y las diferencias étnicas que en cada *cargazón* existían eran un obstáculo contra la formación de un mosaico cultural. No pudo aparecer en nuestro virreinato un sentido de comunidad africana, como tampoco parece posible identificar concentraciones de grupos con rasgos culturales yorubas, malés o fanti-achanti, por ejemplo. Esto debilitó la creación de anticuerpos culturales, bajando las resistencias contra el patrón de los blancos.

Como se dice en otra parte de este trabajo, transcurrió casi medio siglo entre la llegada de los españoles al Perú y el período en que los negros comenzaron a traer abundante número de bozales. Durante este lapso, según los hallazgos documentales de Bowser con referencia a Lima, el 66% de los esclavos estaban compuestos por *ladinos*, es decir, por individuos parcialmente españolizados, gracias a lo cual gozaban de ventajas. Cuando la trata cambió las cifras relativas (ya que en los feudos agropecuarios costeros se prefería al bozal), el número de mulatos había aumentado sustancialmente. Estos, como los *ladinos*, eran instrumento de transmisión de la cultura occidental y, por muy despreciados que fueran por los blancos, ocupaban en el sistema de castas una posición superior a la del esclavo bozal. Tales circunstancias debieron crear en el africano que llegaba al virreinato, la idea de que no sólo para prosperar sino aun para vivir tenía que deformarse mediante la adaptación cultural. Únicamente ésta podía abrirle el camino hacia la movilización horizontal, es decir, entre castas, si no hasta la movilización vertical siempre que consiguiera una carta de horra.

Los negros llegaron en abundancia a España en el siglo XI con los almorávides. Cuando más tarde fueron reducidos por los blancos a la condición de esclavos, los que abundaban en Andalucía, se les consideró con legítimo derecho a obtener su libertad, porque la tradición legal del país estimaba que era obra de bien manumitir a quienes se hallaban en esa condición. Esta actitud pasó al Perú con los primeros conquistadores. Pizarro y Almagro dieron carta de horra a sus esclavos y tal ejemplo se siguió en forma ininterrumpida por muchos

otros amos, durante todo el período colonial. A la manumisión graciosamente concedida se sumaron varios otros procedimientos de obtener la carta de horría, de lo cual resultó que un elevado número de negros y gente perteneciente a las varias castas, pudo “vivir de por sí”, es decir, en libertad. De esos procedimientos los más comunes eran que el esclavo la comprara para sí mismo, para su esposa o sus hijos, ahorrando dinero y tomando préstamos, o merced a la generosidad de un protector, o a la ayuda de sus cofrades, parientes y amigos. No trato de presentar un cuadro idílico. Los legajos de causas civiles de nuestro Archivo General están llenos de expedientes en que se ventilan tratos sucios, estafas, intentos de extorsiones y negocios de usura en la obtención de cartas de libertad. Pero el hecho evidente es que si a su número se agrega el que forman los expedientes limpios, se aprecia que el porcentaje de horros, sobre todo en Lima y ciudades principales, fue considerable hasta el punto que pueda decirse que el mecanismo que se acaba de mencionar resultara el más efectivo, si no el único digno de tomarse en cuenta con relación a los sistemas de producir una movilización social que diera por resultado una vida mejor y más digna para el negro y su familia, en especial si el manumitido había adquirido una habilidad artesanal o era promovido a los mandos medios. Hay que añadir que resulta difícil precisar cuáles entre los “negros libres” habían obtenido esta situación al nacer, en forma legal más o menos automática, por el hecho de ser hijos de personas no sujetas a esclavitud, como los españoles y los indios. No obstante las diferencias de oportunidades que ante sí tenían los libres, siempre se llegaba a esta categoría mediante un proceso de adaptación.

Desbordaría los límites impuestos a este trabajo, y le daría una extensión inconveniente, presentar en detalle las características de la civilización que el español y el negro encontraron al llegar a nuestro país y los logros que había obtenido. Mediante tesonera y varias veces secular tarea, logró dominar una naturaleza madrasta (“todo era inferior, excepto el hombre”), explotando el territorio con eficacia tan inusitada que lo que después hemos hecho ha sido muy inferior a lo por entonces realizado, en proporción a los medios utilizados. Gracias a una acertada combinación de socialismo de Estado y colectivismo agrario, racionalización, empleo de la estadística, política preventiva de calamidades posibles, máxima limitación de la propiedad privada, disciplina, igualdad y obligación general de trabajar, llegó a realizaciones que hasta hoy asombran.

Ocho siglos de guerra destinada a recuperar a su país de la dominación mora, un sentido de la dignidad que en ciertos aspectos era erróneo pero siempre acendrado, una tendencia a confiar demasiado en el poder del formulismo burocrático, habían hecho que el pueblo europeo que conquistó el *Pirú*, considerara que las más altas calidades humanas se obtenían mediante el hábito

religioso, la espada y la pluma. Era un pueblo conquistador y no colonizador. Gobernado por clases urbanas y no rurales. Carente de los motores impulsos económicos de los otros europeos, aunque amaba la riqueza. Esta ansia se satisfizo ampliamente en los primeros años de la conquista, con sólo recoger el oro que abundaba. Cuando ya hubo que extraerlo de la mina de una manera esforzada, se dispuso del *mitayo* indígena. Al hacerse necesario cultivar la tierra para proveer de alimentos, en las serranías también se valió del indio. En la zona litoral, que el aborigen había abandonado y que exigía cultivo para sustentar a una creciente población blanca formada de eclesiásticos, funcionarios, burócratas y aventureros, y también para afirmar el señorío feudal, fue el esclavo quien trabajó. No sólo lo hizo en los campos sino en toda clase de actividades económicas. La contribución del negro al desarrollo costeño a la manera occidental, no sólo fue importante sino resultó decisiva en esta zona geográfica que sufrió las mayores transformaciones debido a la introducción de plantas, animales, técnicas y procedimientos que eran totalmente extraños en el territorio.

Aunque la población aborigen de la costa pertenecía a culturas diferentes de aquellas de las tribus serranas que fueron formando el núcleo dominador precolombino, había integrado un imperio férreamente organizado y con altos patrones de productividad, para conseguir los cuales se habían impuesto especializaciones tribales y de individuos, que no eran favorables al desarrollo de la iniciativa popular. En cambio muchos de los africanos que comenzaron a convivir con los pocos indios que quedaron en el litoral, en sus países de origen habían pertenecido a grupos independientes, en lucha contra su medio geográfico y que vivían dentro de economías autosuficientes pues en el siglo XVII quedaba muy poco de los importantes reinos que habían florecido en las zonas nororiental y central del Africa. Su experiencia les daba facilidad de adaptación económica. Pero, además, existieron ciertos factores singulares del hombre de color que las generalizaciones han ocultado impidiendo con ello que se valoricen importantes experiencias. Los más (hombres y mujeres) eran excelentes agricultores. Pero también debe tenerse en cuenta que entre los esclavos que vinieron directamente del Africa abundaban los de tribus septentrionales que habían estado sometidos al Islam, algunos de los cuales sabían leer. En los de varias zonas se hallaban finos artistas del bronce y de la madera, buenos metalurgistas, excelentes hombres de mar, individuos de gran habilidad manual, juglares, mímicos y bufones muy apreciables en los emiratos orientales. Estos antecedentes ayudarán a comprender las causas de la rápida adaptación del negro dentro de los sectores económicos secundario y terciario, en los cuales se abrieron un camino de promoción social, no muy largo por cierto. En cuanto al sector agrícola, su flexibilidad y la experiencia que traían

del Africa les sirvió menos de lo posible, a causa de la organización que los españoles dieron a esta actividad económica que primero tuvo un carácter feudal y luego pasó a ser capitalista.

Salvo contadas excepciones, en el área occidental del Africa comprendida entre el sur del Sahara y Angola, de la cual vino la inmensa mayoría de esclavos, la base de la economía productiva era la agricultura alimentaria, aunque también predominaba la ganadería en las sabanas septentrionales y meridionales. Las tribus, y más aún los clanes, eran los propietarios de la tierra, la cual solía redistribuirse de acuerdo a ciertas circunstancias. Sin embargo, el jefe de la familia poseía la tenencia de la parcela que se le asignaba. La roturación era labor cooperativa del clan, y la cultura del suelo lo era del grupo familiar mediante una división del trabajo entre los dos sexos.

Organización muy diferente impusieron los españoles en la costa peruana. Hubo mestizos e indios, en limitado número, que poseyeron escasa tierra de cultivo pues los blancos se distribuyeron entre ellos casi la totalidad. Poquísimos hombres de color llegaron a tener muy reducidas parcelas, al alcanzar la categoría de "libres", que trabajaron aprovechando la experiencia africana. Así el término *esclavatura* fue sinónimo de peonaje en las unidades productoras del blanco que resultaron de tres clases. Las *chacras*, que rodeaban a las ciudades, eran una combinación de huertos, granjas de animales destinados a contribuir a la alimentación familiar, y alquería. Las haciendas tenían un carácter agropecuario de modalidad no especializada y en ellas el trabajo del esclavo fue muy eficiente, a juzgar por las alabanzas que de su estado floreciente hacen Lizárraga (1604) y Vásquez de Espinosa (1619). Algunas de éstas fueron mayormente pecuarias: en el Norte, de ganado menor (cabras), en el centro, de ganado de cerda (puercos) y en Lima, de ganado mayor. Las haciendas sufrieron un proceso de absorción por parte de los latifundios que cada vez se hicieron más grandes y más especializados pero sin haber llegado durante el período colonial al monocultivo, hablando en términos generales.

La eficiente explotación agrícola dirigida por los Inkas (a base de rotación de cultivos, acueductos, canales de riego, extracción del agua del subsuelo y empleo de fertilizantes) fue destruida en su mayor parte por falta de una adecuada política agraria y también a causa del ausentismo de los grandes propietarios que en lugar de dirigir personalmente el esfuerzo productivo, lo entregaron a mayordomos de color incapacitados para cumplir su misión con criterio ecológico. Se impuso a éstos la difícil tarea de cultivar de acuerdo con técnicas europeas que desconocían, con criterio capitalista que no podían comprender, y desarrollando métodos de aclimatación de especies botánicas y zoológicas foráneas: trigo, cebada, café, hortalizas, frutales, arroz, caballos, asnos, cabras, vacas, carneros, cerdos.

El africano y sus descendientes quedaron ligados estrechamente y en forma muy especial a la transcultura de tres especies botánicas que, como el negro, venían a enraizar en nuestro suelo: la caña de azúcar, el olivo y la vid. Aunque la fragmentación vertical que muestra la topografía de nuestro territorio, que ocasiona variedad de climas en todas las zonas geográficas, hizo posible que esos tres elementos se cultivaran en muy distintos lugares del virreinato, la región costera meridional resultó especializada en la producción de aceite; la intermedia, en la de vino y aguardiente, y la septentrional en la de azúcar. Fue gracias al trabajo muscular y a la habilidad del negro, que la oriental aceituna, estrujada en las prensas, que tenían su *infierno* y su *gloria*, entregó su dádiva untuosa, particularmente entre Lima y Arica. Negros pies pisaron la uva en los lugares en que abundaba, sobre todo entre Barranca y Tarapacá, zona en la que destacaban los viñedos de Ica, Nazca y Chincha, valle este último en el cual al comenzar el siglo XVII había ya 10,000 esclavos agrícolas. Gracias al sudor del esclavo africano creció la caña de azúcar que doraba de Piura al Sur Chico, y rumorearon en las amplias pailas las burbujeantes oscuridades de la melaza, en ingenios que daban el máximo rendimiento en Saña, Chicama y los alrededores de Lima. Sin que ellos lo quisieran, la eficacia de su trabajo contribuyó a la estructuración de esa economía de trapiche que durante largo tiempo ha trabado el desarrollo social del Perú, porque aunque las grandes concentraciones azucareras no se produjeron hasta avanzado el siglo XX, desde el principio el ingenio reforzó la servidumbre de la gleba. Cada empresa de tamaño mediano necesitaba unos cien esclavos y había algunas que tenían más de trescientos. El producto que se extraía, apenas si integraba la alimentación del negro, y sólo convertido en embrutecedor alcohol llegó al aborigen. Creó, en cambio, el paraíso sábarita de la repostería del blanco, que era la última gota del hartazgo estomacal que por caminos de delicias gustativas acortaba la vida de nuestros abuelos. El esfuerzo desplegado por el negro para la transcultura de la trilogía caña-vid-olivo no produjo el beneficio que merecía tal empeño. Hostigada la producción por las medidas restrictivas que el gobierno metropolitano imponía, el comercio del azúcar, el vino y el aceite tuvo una vida incierta y hética durante el período colonial.

Como desde los comienzos del siglo XVII toda la mano de obra agropecuaria pertenecía a la casta de los esclavos, las peticiones para aumentar el ingreso de africanos al Perú fueron continuas y crecientes a partir de los mediados de ese siglo, pues era necesario elevar el número de bozales para lograr la especialización cañavelera principalmente. Pero el gobierno metropolitano satisfacía con gotero esa demanda, a causa de su temor a incrementar la fuerza de lo que consideraba una quinta columna peligrosa. Esa falta de acuerdo llevó a una seria crisis agrícola. Se debió a varios factores concurrentes. Sin embargo, las

explicaciones que los latifundistas y hacendados dieron sobre el problema, y la proporción de valor que se estableció entre el precio de la tierra y precio de la mano de obra cautiva, sirven para demostrar, de una manera evidente, que la economía agrícola costeña era por completo dependiente del esfuerzo productivo del negro. Que el esclavo era la gallina de los huevos de oro.

La falta de preparación técnica y empresarial del latifundista, agravada por la entrega de la producción agrícola a personas que no tenían preparación científica, comenzó a mostrar sus graves consecuencias a finales del XVII. La primera víctima resultó el trigo costeño, cuyas semillas europeas y ya viejas fueron incapaces de resistir las *royas*. Escasó tanto, que a partir de los comienzos del XVIII comenzó a traerse de Chile. Este comercio favorecía a los navieros y comerciantes y les produjo grandes ganancias que sumaron a las obtenidas por el contrabando marítimo. Comenzaron a invertir en la propiedad agrícola para elevar su propio *status* social y para asegurarse una agricultura, dominada por ellos, que favoreciera su negocio de transporte terrestre. La apreciable oferta de tierras bajó los precios de la propiedad rural. A esta depreciación de valor debió sumarse el ingreso al mercado de venta de bienes raíces, de la apreciable cantidad de haciendas confiscadas a la Compañía de Jesús con motivo de su expulsión del territorio.

A la caída del valor de la tierra se añade la escasez y carestía de la mano de obra. El número de esclavos baja, debido principalmente a tres causas: disminución de su aumento vegetativo, decrecimiento de su "importación", y movilidad social. Cuando finaliza el asiento con Inglaterra, debido al conflicto (1739-1741) que provoca la guerra entre Gran Bretaña y España, termina un período de amplio ingreso "legal" y comienza un comercio de negros que tiene carácter precario a pesar de las varias concesiones que a compañías e individuos peninsulares y americanos se hacen, para rematar en el comercio libre de esclavos (a partir de 1780), aunque todavía con ciertas restricciones entre las cuales figura la prohibición de realizarlo directamente al Perú. Estas circunstancias hacen difícil, si no imposible, la contabilización y la regulación de precios gubernativos, estimulan el contrabando y elevan considerablemente el valor de tal "mercancía".

Al posesionarse de las haciendas costeras los navieros y comerciantes, dedican buena parte de las tierras al cultivo del maíz y la alfalfa necesarios para alimentar las recuas. Esta es una faena dura que comienza a las cuatro o cinco de la mañana y que desempeñan muchas mujeres. Además, en su afán de hacer rápidamente dinero, a estos nuevos ricos no les importa la fulminante depreciación de su capital humano, y descuidan la alimentación y la salud del esclavo rural, con lo que aumentan los abortos y los fallecimientos especialmente de párvulos, produciéndose una situación que termina en un decrecimiento

vegetativo de la esclavatura. Como bola de nieve que baja por la ladera, el aumento de negros libres provoca crecimiento en su cantidad. El terrateniente empobrecido que no quiere alimentar esclavos, los liberta. El manumiso se traslada a las ciudades, trabaja a jornal y con lo que gana compra la horra de su mujer y sus hijos, todos los cuales abandonan el campo. El hacendado no puede reemplazarlos con mano de obra asalariada pues ésta pide retribución elevada que el agricultor no paga. Y no puede comprar más esclavos por falta de capital. Un interesante expediente hallado por Febres en el Archivo de Indias ("Pleito de los Labradores"), de finales del siglo XVIII, consigna informaciones esclarecedoras sobre la carencia de mano de obra. La tierra llega a valer diez o veinte veces menos que los esclavos. "Lo que realmente deviene interés (. . .) es (. . .) la mano de obra", añaden. De ello resulta que los propietarios agrícolas abandonan la tierra y se marchan a la ciudad con sus esclavos, donde "prefieren hacerlos trabajar como obreros libres, en trabajos seguros como panificadores en las panaderías, en donde no los exponen a las enfermedades y a los trabajos duros del campo, obtienen buenos salarios por ellos, no gastan en su manutención y a ciertas horas del día gozan de sus servicios".

España llega a nosotros cuando su industria alcanza ya auge gracias a las medidas dictadas por los Reyes Católicos. El Perú abandona a su antiguo amo en circunstancias que esa industria comienza a resurgir merced a disposiciones dictadas a fines del XVIII. El intervalo entre esas dos épocas es en la historia económica de la metrópoli de una progresiva decadencia industrial, de tal envergadura que el país no sólo tiene que importar los productos manufacturados que usa, sino que también alquila del extranjero a los artesanos que los pueden fabricar. Como se ha abandonado la política de Fernando e Isabel, más que en las otras naciones europeas el capitalismo concentra sus recursos en el comercio, ayudado por el desprecio que el español experimenta hacia el trabajo manual, sin que logre cambiarle tal actitud la pueril declaración de 1682 en que su gobernante de turno se decide a hacer saber a su pueblo que el trabajo industrial no degrada. Todos estos hechos tienen un efecto importante en la adaptación económica del negro peruano del período colonial, y en su vida laboral. El blanco perulero o criollo deja abierto el sector de ocupaciones de la industria al hombre de color, ya que sigue los patrones peninsulares, con lo cual aquél ingresa a un campo de actividades y de contactos culturales más íntimos que el que se produce en la esclavatura agrícola. Y, sobre todo, alcanza nuevas posibilidades de mejorar su posición económica y de obtener promoción social. Esto iba a depender en mucho de la actitud que el blanco adoptara con respecto al obrero y artesano negros; y también del empuje, decisión y habilidad del hombre de color. Ambos factores tuvieron signos positivos.

Durante el período colonial el esclavo de la industria extractiva presta sus

servicios en las salinas, salitreras y depósitos de brea (*copal*). Es un trabajo rudo y sin posibilidades porque no es actividad de gran valor económico. La minería, en cambio, constituye la niña mimada del blanco, la que dio tal riqueza que gracia a ella se crea el decir de “valer un Perú”. Sin embargo, para su fortuna el negro no entra en ese campo sino en forma limitada, particularmente en los lavaderos de oro. Las zonas matalíferas se hallan casi todas en las frías serranías que agreden al foráneo con su peligroso *soroche* o mal de altura. El blanco y el negro que sean de constitución robusta llegan a aclimatarse, aunque con cierta dificultad que es mayor al iniciar su vida serrana. Pero en el siglo XVI varios esclavos mueren de *soroche* en las minas, con la consiguiente pérdida económica para sus propietarios. Esto sirve a los españoles como argumento que refuerza el pedido hecho a las autoridades peninsulares, para que se les deje las manos libres a fin de utilizar en forma irrestricta el trabajo forzado de los indios en el laboreo de las minas, conseguido casi gratuitamente, medida que la metrópoli resiste con remordimientos religiosos no muy auténticos. Ganan los blancos la partida y con ellos ganan también los negros. Desde entonces se acuñó un decir que si bien tiene aciertos en el juego de palabras, carece de base científica respecto a la posible aclimatación del negro en nuestras serranías: “*Gallinazo no canta en puna, y si canta es por fortuna*”⁴.

A diferencia de lo que ocurrió en la minería, tuvo la participación del negro un papel importante en la industria de la construcción, según los hallazgos de Harth-Terré. Numerosos talladores de piedra, así como albañiles (de ladrillos, calicanto, adobe y quincha), algunos de ellos de alta calidad, fueron los que erigieron y a veces dirigieron la construcción de las obras públicas financiadas por el Gobierno, los cabildos y las congregaciones religiosas (puentes, Tajamares, trincheras, fuertes muelles, depósitos aduaneros, iglesias, conventos, hospitales, alcantarillados y fuentes), así como las residencias privadas, que resultaron especiosas, bellos y bien adaptados a una zona sin lluvias, como la costeña, pero con frecuentes movimientos sísmicos. La importancia que esta industria alcanzó, y el elevado número de hombres de color que empleaba pueden medirse mediante un solo dato: en los finales del período colonial, un propietario de la galera y el horno de ladrillos que había en el Barrio limeño de Santa Ana, tenía ocupados cuatrocientos esclavos.

Dentro de las industrias manufactureras los negros eran en su mayoría obreros no calificados pero también hubo una regular proporción de obreros semicalificados y calificados, así como de artesanos o menestrales. Se compren-

4 Nuestro *gallinazo* es una especie de cuervo (*Coragypo airatus faetens*) de color negro, que vive en la costa. Las *punas* son alpinicies que se hallan por encima de los 4.000 metros.

día dentro de estos últimos términos a todos aquellos que ejercían un arte u oficio, cualquiera que fuese la categoría oficial que en el mismo alcanzaban, lo cual era asunto de reglamentaciones gremiales y no de habilidad. Pudo existir artesanías en las que a los negros no se les reconoció la maestría, como en efecto ocurrió. Pero en cuanto a las calificaciones necesarias para obtener cualquiera de ellas, la prueba de que las poseían es un informe del virrey Abascal (1806-1816) al gobierno metropolitano, documento en que expresa que la gente de color había *invadido* los “oficios menestrales”, con lo que quiere decir que al final del período colonial constituían mayoría artesanal. Antes de seguir adelante es conveniente aclarar que los términos “no calificados” y “calificados” que corresponden a la actual nomenclatura laboral de los países industrializados, los emplearemos en este trabajo con bastante relucencia pues distan mucho de adaptarse a la realidad industrial de nuestro virreinato y a una etapa histórica tan distante del presente. Que esta advertencia sirva para que se nos excuse si el lector encuentra imprecisiones en esta parte de nuestro trabajo. Lo que debe darse por evidente es que mediante el empleo de la categorización moderna, según creemos se obtiene la ventaja de mostrar, hasta cierto punto, el grado de adaptación al sistema económico impuesto por el blanco, pues en esa época, como hoy, un obrero común puede acomodarse por necesidad a la faena que le toca desempeñar, sin que esto signifique su integración en el empeño económico en que actúa, ni posibilidades de su propia promoción. El artesano colonial, en cambio, a través de su gremio se identificaba con la sociedad en que trabajaba. Estaba obligado a vivir en la ciudad, directamente absorbido por una economía en la que había un mercado de salarios, aunque fuera imperfecto pues existían en la paga diferenciales que se derivaban del sistema de castas. Tenía la oportunidad, por último, de moverse hacia arriba en la escala de categorías.

Las autoridades españolas se oponían al ingreso irrestricto de los negros en las filas del artesano. Pero en cambio los impulsaban a ello los dueños de esclavos, en su deseo de aumentar el valor de los mismos al incrementar su capacidad de trabajo remunerado en forma pecuniaria, ya que el blanco recibía toda o parte de la paga. También los estimulaba una necesidad de mercado: pocos eran los españoles que se dedicaban a oficios menestrales. Estos últimos contribuían al aumento del artesanado de color, pues necesitaban ayudantes. Aunque algunos grupos de menestrales blancos (como los orfebres) lucharon mucho tiempo contra el ingreso del negro en los oficios que ellos desempeñaban, en general la actitud de la mayoría fue acogedora. A causa de esta actitud y mediante su capacidad para otorgar las categorías que existían dentro de la agrupación, los gremios artesanales en conjunto formaron una institución capaz de impulsar la movilidad social de los negros y sus *castas*, hasta el punto de facilitarles el ascenso a la incipiente clase media, que comenzó a tener cierto

valimiento a mediados del siglo XVIII, en la cual se hallaban los militares subalternos, empleados públicos de baja categoría y los mercaderes, propietarios y clérigos de menor cuantía, todos blancos. Como en ella se hallaban también los que habían pasado la prueba de maestría artesanal, tuvieron que abrirse a los negros y mulatos libres que la aprobaron. He hallado varios casos de hombres de color que eran “maestros del arte de albañilería y arquitectura”, “maestros del arte de pintura” (representativa, en tabla o lienzo), etc. . . Precisa decir que los artesanos blancos fueron los que mayormente prepararon a los otros, enseñando a adultos y jóvenes, libres y esclavos, criollos o bozales que traían experiencia previa de su país. Esto dio lugar a que hubiera hasta casi el final del coloniaje dos o tres gremios que no admitían gente de color, o que si la toleraban le negaban la maestría, con el apoyo oficial, aunque hubo casos en que, por el contrario, las autoridades los obligaron a concederla por la excepcional habilidad de los pretendientes a tal categoría, como nos da a saber Bowser. Pero en general los gremios llegaron a ser mixtos en su gran mayoría. Existieron también gremios compuestos exclusivamente por gente de color. Con respecto a uno de ellos he hallado documentos que demuestran la existencia de una lucha interna que resulta precursora de las contiendas actuales por detentar el “poder negro”. En el caso de la elección para “alcaide” del gremio de carretoneros y angarilleros, realizada en Lima en octubre de 1774., los bozales expresan que no quieren ser gobernados por “enemigo tan capital” como el criollo. Por su parte, éstos acusan a los bozales de “dureza de genio y poca obediencia” y sostienen que muestran “. . .manifiesta ineptitud” para el cargo, por su “torpeza y falta de razón y conducta”. Ateniéndose al precedente establecido en otros gremios, el asunto se soluciona nombrando dos alcaldes: uno bozal y uno criollo.

Si se trata de presentar en forma esquemática las actividades manufactureras en que más intervenía el negro, y se procura hacerlo ordenándolas de acuerdo a la categoría de ocupaciones (obrero común, semicalificado y calificado, y artesano) que predomina, habría que mencionar en primer lugar la de preparación de cigarros que sólo exigía una sencilla faena manual. A continuación vendrían las que podrían llamarse químicas (preparación de carbón vegetal, jabonería, cerería y similares) y las de cueros y pieles. Estas últimas constaban de la sencilla operación de obtener la materia prima separándola del cuerpo del animal; de otra que era algo más complicada (tenería y curtiduría) y una tercera que podía bordear con el artesanado como era la confección de artículos de cuero (vaqueta para zapatos, bolsas, *petacas*, arreos y guarniciones). Es de notar que la mayor parte de estas actividades manufactureras se desarrollaba en la región septentrional del país, donde se cultivaba el tabaco, existían bosques de guarangos y algarrobos, y la ganadería era mayormente caprina.

En un segundo grupo que tenía un carácter intermedio figuraban actividades manufactureras en las que crecía el número de obreros comunes, con un aumento correlativo de obreros negros semicalificados. A éste pertenecían la confección de burdas prendas de vestir, destinadas al consumo de los esclavos y de otras personas de humilde condición, y las textilerías e hilanderías destinadas a preparar lonas para el velamen de las embarcaciones, costales y, sobre todo, bayetas y cordellates. Como éstos eran mayormente de lana, las tejedurías (*obrajes*) se hallaban más en las serranías, cerca de los lugares de pastoreo del ganado lanar. Aunque eran servidas por los indios, había en ellos negros, por castigo o por su especialización tribal. Si el negro había tenido experiencia previa en el Africa, podía ser tan buen tejedor como el sobresaliente obrero indígena. Solía aventajarlo en habilidad de acomodo a las duras condiciones de trabajo, que lo llevaban al puesto de capataz en el cual muchas veces se convertía en un tirano de los indios, según varios documentos coloniales lo dan a saber. Si no existía el precedente de adiestramiento previo, se revelaba, al sentirse objeto de la sevicia que habitualmente existía en los *obrajes*, como también lo comprueban otras fuentes de información según las cuales era el negro quien incitaba a los indios.

En el grupo intermedio se pueden colocar los talleres que trabajaban con productos no-metálicos (preparación de tuberías, cacharros y otros objetos de cerámica, botijas, tejas, azulejos, vidrios) y los relacionados con las embarcaciones marítimas (corte de la madera, aserrado y carpintería de ribera). En esta última actividad se dieron casos en que el negro llegó a la situación de constructor naval con taller propio.

Párrafo aparte merece, por la importancia nacional que tuvo ya que resultaron los ejes de la industria derivada de las muy importantes actividades agrícolas costeñas a las que antes me he referido, los trabajadores negros del metal y los maquinistas que tuvieron a su cargo el equipo mecánico utilizado para preparar azúcar, vino y aceite. Aunque muchas veces eran bozales, fueron ellos quienes manejaron los molinos y trapiches y realizaron las variadas tareas que significaban su mantenimiento y reparación. La eficacia de su trabajo puede apreciarse examinando los índices de producción de los mediados del siglo XVII.

En el último grupo puede considerarse a los obreros calificados y artesanos negros que desarrollaron su actividad en las ciudades, en su mayoría formando parte de los gremios. Los principales eran los que pertenecían a la rama metálica (herrerros, caldereros, cerrajeros, espaderos, armeros, orfebres del oro y la plata) y a la del mueble (carpinteros, ebanistas, talladores, toneleros). Como en el caso de algunos que pertenecían a la industria de la construcción, hubo entre ellos quienes rebasaron un impreciso límite: fueron artistas más que artesanos.

Conforme el sistema de economía capitalista fue tomando cuerpo en

nuestro territorio, el sector de servicios aumento de una manera desproporcionada absorbiendo una gran cantidad de la población negra en edad de trabajar, fenómeno que hoy se encuentra en los países subdesarrollados en los que el sector industrial no crece de manera apreciable. Como el comercio estaba íntegramente en manos de los blancos, y eran también los españoles y criollos de la alta clase media quienes predominaban numéricamente en la abundante burocracia oficial la población de color sólo encontró acomodo en los servicios poco remunerados. La mayor parte de éstos apenas si permitían una mísera subsistencia. Otros, poco numerosos, ofrecían sueldos y salarios mediante los cuales se llegaba siquiera a la pobreza. Escapaban de estas situaciones los domésticos, y en número apreciable, por causas que se explicarán en lo que sigue.

Lo relacionado con los alimentos estaba en la línea limítrofe entre la manufactura y los servicios. De lo primero tenía el manipuleo preparatorio; de los segundos, el mercadeo siempre citadino, que se realizaba de asiento (en el suelo de la Plaza Mayor, generalmente, y en *pulperías* y *chinganas*) o en forma ambulatoria y mediante pregón estimulante. La gente de color negociaba con los alimentos de procedencia africana (*anticucho* bereber, *tamal* yoruba, *chicha* de Terranova, *sanguito* de *ñajú* congoleño, *champús* de *agrijo* chamba, *choncholí*) y brebajes alcohólicos de factura esclavista y derivados de la caña y la vid (*cañazo*, *cachina*, *guarapo*) ya que sus recursos económicos no le permitían llegar al aguardiente de uva y al vino. Pero también vendían muchas viandas y bebidas traídas por los españoles u originarias del país, como pescado frito, tortas, encurtidos, emolientes, refrescos, etc.

Hombres negros habían estado entre los descubridores del Nuevo Mundo, del Mar del Sur, del estrecho de Magallanes, de las islas Salomón. No es de extrañar que abundaran en el servicio de transportes marítimos del virreinato, no sólo como obreros de los arsenales y estibadores y remeros portuarios sino también en las naves de la marina mercante como marineros y contra maestres. Bowser menciona el caso de un mulato que llegó a capitán. En cuanto a los transportes terrestres, en ellos se desempeñaban en calidad de arrieros, carroceros, cargadores y angarilleros, principalmente.

Antes de que llegaran al Perú, en España y sobre todo en las Antillas los negros se habían habituado al uso de las armas de fuego. Esto les permitió actuar como auxiliares de guerra de los conquistadores de nuestro territorio, y tener cabida en las fuerzas armadas del virreinato, terrestres (en las milicias) y navales. En esta última actividad muchos actuaron como individuos alquilados por sus amos. El acercamiento al blanco que esto provocó, y la confianza que se ganaron, hicieron que desde los comienzos del período colonial quedaran a su cargo los oficios públicos, y que se les halle como pregoneros, verdugos,

carceleros, aguadores, músicos, barrenderos públicos, vigilantes, carniceros y hasta cuadrilleros de la Santa Hermandad que tenía a su cargo la caza de *cimarrones* y la destrucción de bandoleros.

Con ser importantes las anteriores actividades que el negro desarrollaba en el sector terciario, quedaban muy a la zaga del peso que tuvo la gente de color en los servicios personales y domésticos. Sobre los últimos hay que tratar con algún detenimiento. En cuanto a los primeros nos limitaremos a decir que comprendían los empeños de esclavos, libertos, mulatos y zambos en varios grupos de actividades. De las más importantes mencionaremos las relacionadas con la salud, en las cuales se hallaba una gama que comprendía los *curanderos de hierbas*, veterinarios, enfermeros, boticarios, sangradores y *cirujanos latinos*; la que contribuía a la apariencia personal de los blancos (barberos, rizadores, peluqueros, bordadores, zapateros de fino sastres), y la de entretenimiento (músicos de alquiler, profesores de baile, toreros, farsantes y otros cómicos populares y personajes de las *mojigangas*).

Los autores europeos que durante los últimos veinte años han estudiado más científicamente que antes la historia socio-económica de la España precolonizadora, hacen notar que una de sus características fue la afición ostentosa que el gran señor mostraba por la posesión de un elevado número de criados y esclavos, y que se despertó también en los funcionarios reales según se nota por el séquito numeroso que acompañaba a cada virrey que llegaba al Perú. Esta afición se contagió a las otras clases sociales no sólo en España sino también de los países colonizados. Los conquistadores trajeron consigo buen número de negros que al servicio de sus amos tomaron parte activa en los grupos armados que entre sí luchaban durante el período que se ha denominado de "las guerras civiles del Perú". Aquietada la tierra y deshechas las mesnadas, los esclavos pasaron a formar parte de las casas de los encomenderos y, más tarde, todas las familias criollas los tuvieron. No era raro encontrar veinte o más en cada hogar ciudadano. De las mujeres trataremos a continuación. Aquí mencionaremos que los hombres desempeñaban funciones de características variadas. Unos hacían servicio exterior escoltando a los amos y actuando como caleseros y palafranceros. Otros cuidaban de la casa en calidad de porteros, jardineros, guardianes, mozos de limpieza, granjeros y en otros cargos similares. Como es bien sabido, a los esclavos se les hipotecaba, alquilaba o enviaba a trabajar en la calle o en establecimientos de negocios, a cambio de un salario que el amo recibía.

El contacto directo entre el blanco y su servicio doméstico fue quizás el más decisivo instrumento de aculturación, y como tal debió producir importantes cambios en los padrones originales de uno y otro grupo. Por eso no es de extrañar que Archibald Smith diga, en 1839, que "tal es la influencia que los esclavos del servicio doméstico ejercen sobre los sentimientos y seguridad de vida

de las familias, y se podría añadir que sobre las características físicas y morales de la comunidad, que sería imposible dar un cuadro concreto de la sociedad de Lima sin primero pasar revista a la población esclava del Perú”. El instrumento más eficaz de ese proceso aculturativo fue la mujer.

No escasean las informaciones sobre el abundante trato sexual que en las colonias hubo entre el blanco y la negra; y se han avanzado ciertas explicaciones acerca de sus causas, que sólo me satisfacen parcialmente. En síntesis, considero que tres factores concurren en el asunto, por lo menos en lo que se refiere al Perú, de los cuales dos no fueron propiamente coloniales pues eran consecuencia de hábitos y aficiones traídos por los conquistadores. Vincens nos da a saber que en la España del siglo XV el hombre hacía fuera del matrimonio gran parte de su vida sexual. Bastide, por su parte, explica que los españoles experimentaban la atracción sexual por la hembra de color, porque había adquirido un busto voluptuoso por lo exótico, a causa de su previo contacto con las mujeres moras.

La afición a la negra con frecuencia en nuestro virreinato se convirtió en una pasión que llevaba al blanco a mirar a la esposa de su mismo color como instrumento que permitía la digna y legal preservación de su estirpe, pero en cuanto a su placer sexual era en la negra donde lo buscaba. Parecería que hay exageración en atribuir este deseo al hecho de que las características anatómicas de la esclava, que Rachewitz discute en su *Eros Negro*, al aumentar la sensibilidad nerviosa del órgano sexual femenino, hacía que el coito con ella se prefiriera al que podía realizarse con las mujeres de otras razas. Además, no es de creer que a la negra nacida en América pudiera aplicársele el tratamiento físico a que solía someterse a la joven africana. Hay otra hipótesis que parece más aceptable. Era muy difícil que calara muy hondo en la mujer negra el concepto católico sobre el “pecado” del acto sexual. Debió prevalecer durante la vida de varias generaciones la consideración del coito como una función natural, como una necesidad que debía satisfacerse en las mejores condiciones posibles. Ello conduciría a la trasmisión, de madres e hijas, de apropiados consejos sobre las técnicas amatorias aprendidas en la libre vida sexual del Africa. Esto puso a la mujer de color en ventaja sobre la blanca, que llegaba al matrimonio muy joven, sin ninguna preparación y muchas veces simplemente resignada a cumplir el deber de compartir su lecho con un hombre a quien ella no había escogido.

Cualesquiera que fuesen su origen y sus causas, el fenómeno que examinamos resultó importante, bastante extenso en la después llamada América Latina, y de características algo semejantes en todas las colonias. En el Perú podría decirse exactamente lo que Freyre y Bastide han expresado en el caso del Brasil respecto a la amante de color y a la iniciación del joven blanco en el amor, con alguna sirvienta de piel oscura “de la cual tomará, junto con el cuerpo, un poco de su alma politeísta”. Mas encuentro que una faceta parece peculiar del

Perú o no se ha estudiado debidamente en otros países. Me refiero al efecto que en la conformación psicológica de la mujer blanca, pudo ejercer el comportamiento de la africana y sus descendientes.

El individuo de sexo masculino que fue capturado y vendido en su continente, y luego se trasladó por la fuerza a la América, perdió patria y libertad, lo cual era ya muchísimo. Sin embargo, el caso de quienes pertenecían al sexo femenino fue aún peor. En la mayor parte de las tribus africanas la mujer poseía más independencia y más derechos que sus congéneres blancas. Su clan frecuentemente continuaba respaldándola en la vida civil, tenía propiedades, podía divorciarse o disolver el matrimonio mediante el reembolso de la dote, gozaba de cierta libertad sexual. De todo esto la privó su incorporación a la sociedad de tipo occidental, rebajando su posición relativa a la del hombre de su mismo color. Debió surgir en ella un poderoso deseo de recuperar lo perdido. Al darse cuenta de la atracción que ejercía sobre el blanco, con maña femenina montaría su mecanismo de compensación superándose para ofrecer al amo satisfacciones plenas. Todo indica que astutamente lo logró, y no sólo en el lecho. Su estrategia y táctica instintivas debieron sentar cátedra. El estrecho contacto en que la mujer de color vivía con la blanca, como lo detallamos luego, facilitaría que el ama aprovechara para sí misma las ventajas de esa experiencia. La consecuencia de lo que debió ocurrir explicaría un hecho innegable: la mujer peruana del período colonial tuvo un atractivo muy especial y ejerció un predominio astuto sobre el hombre. Un sesudo y serio caballero, más dado a estudios geográficos que a predicciones galantes, expresa en los finales del siglo XVIII: “El principal patrimonio que constituye el esplendor y la opulencia de la mujer (peruana) estriba en el dominio que disfruta comúnmente sobre el varón (. . .) Parece que aquí tira sus gajes la complacencia en el dominio (. . .) porque la discreción que es genial en las mujeres, y su más que regular hermosura, forma los grillos con que aprisionan y sujetan la dignidad del varón”. Son estos los tiempos de la *Perricholi*, amante del virrey Amat, que pasaría al teatro y a la novela foránea como personaje que caracteriza una época y una sociedad. Es también el período en que ya corre de boca en boca, un decir que en forma breve resume la situación, el cual consigno en la crudeza del lenguaje popular para que no pierda su fuerza: “Más halan tetas que carretas”.

No parece que la fuerte atracción que sobre el blanco de su tiempo ejerció la mujer de color peruana hubiera sido característica de un singular período, y efímera como consecuencia de ello. Un autor norteamericano que ha estudiado los primeros años del *rush* del oro en California, refiere que entre las mujeres que llegaron en 1849-1850 atraídas por la liberalidad con que los hombres gastaban allí su dinero, hubo francesas, hawaianas, polinesias, chilenas y peruanas. Estas últimas sobresalieron entre todas por su gracia y su sensualidad y fueron

“excelentes bailarinas que contribuyeron no poco a entretener a los mineros”. De las mulatas peruanas dice que eran “extremadamente hermosas y extremadamente inestables en asuntos morales”. Dejaron atónitos a los californianos en cuanto a su costumbre de fumar cigarros, hábito que la gente de color introdujo en nuestro país y que en los primeros años republicanos habían adoptado los dos sexos, de todas las clases sociales.

Un viajero de los comienzos de nuestra vida independiente refiere que nada le ha llamado más la atención que la propiedad y fluencia con que la gente del servicio doméstico de Lima expresa sus ideas, y que esto lo hace con la gracia salerosa que se advierte en las clases elevadas, hecho que atribuye en parte a que han crecido en una situación de gran familiaridad con sus amos. Haya sido esto verdad o no, hay fundamentos para presumir que de los contactos de gineceo entre blancas y mujeres de color debió resultar el intercambio aculturativo que influyó en ambas. No sería de extrañar que las negras y mulatas que descendían de tribus africanas de estructura familiar matrilineal, y que habían visto a sus madres y abuelas asumir el papel predominante en el cuidado y alimentación de los hijos, lo que resultó inevitable a causa del sistema esclavista, hubieran determinado en buena parte el carácter matriarcal que se impuso en la sociedad limeña. Existen informaciones que evidencian la influencia, a veces tiránica, que las negras, mulatas y zambas del servicio doméstico tuvieron en las familias criollas.

En el hogar citadino de la alta clase social costeña hay un enjambre de domésticas (camareras, sirvientas de mano, costureras, lavanderas, cocineras, reposteras) cuyo número y composición está de acuerdo con la riqueza de cada uno, y esas dos características son, precisamente, las que dan el tono del poderío familiar. Por sus cualidades personales o por otras causas algunas son engrèdas de manera especial, reciben privilegios y se las viste y enjaya ostentosamente. Pero, por lo general, la categoría superior la ocupan quienes alimentan y cuidan a los párvulos y niños. No se utilizan familiarmente para distinguir las los términos “aya” o “nodriza”, sino la denominación “ama” (seca, de brazos y de cría o de leche). En el caso de la última, más que ama se la llama *mama*. El pequeñísimo acento que diferencia esta palabra de “mamá”, es un mero accidente gramatical que no tiene validez familiar. El alimento que mana de los negros senos nutricios hacia la boca del infante, mediante una mágica comunión establece algo así como una relación de parentesco espiritual, a tal punto que lo hijos de la nodriza son los “hermanos de leche” del niño blanco, y los allegados y amigos del ama reciben consideración especial por parte de la familia aristócrata o burguesa. El ama llega a conseguir a veces en el hogar un poder despótico, reforzando el matriarcado que en buena parte gracias a ella se ha establecido o al que por lo menos contribuye en forma prominente. Esto se nota en las

confidencias públicas que al final del período colonial hace un padre de familia, sobre sus preocupaciones respecto a la educación de su hija, y refiriendo los conflictos de que está rodeado. Da a saber que su hija duerme con su *mama*, “come y juega con ella de preferencia a sus hermanitas y aun a su misma madre”; que la nodriza es “la que manda en la casa: todos los criados la obedecen y la acatan más que a mi mujer y a mí mismo”; que “viste a la muchachita, la lleva a la cocina, al lavadero, a la pulpería. Pobre de mí si la impaciencia me infunde tentaciones de reñirla sobre esto”. Continúa informando que por haberse negado a ejercer influencias ante un funcionario, para que libertara a un negro jugador y pícaro, que era primo de la hermana de la nodriza, su suegra le ha dicho que era un grosero y un desagradecido, “pues a una ama de leche se le debe mirar como a una segunda madre”. Termina contando que tal fue la gresca que se armó, que su nieta, “atolondrada con los gritos de su abuela, y con los llantos de su ama, se puso a llorar, y todos los muchachitos hicieron lo mismo”. Podría decirse que tal relación no tiene valor probatorio, pues parece sólo un ejemplo más de la frecuente queja contra la suegra. Mas no es un caso singular dentro del archivo de mis investigaciones. Un circunspecto viajero inglés que pasa por Lima cuarenta años después, observando con simpatía y comprensión el papel que en nuestra sociedad desempeña la gente de color, luego de expresar que la juventud de alta clase social muestra interés en cultivarse, presenta una reflexión discriminatoria pero utilizable. Dice que para mejorar la educación doméstica de la mujer, sería necesario separar a las jovencitas de la atención usual que les prestan “viejas zambas favoritas”, las cuales les enseñan cosas que hacen naufragar las esperanzas que los padres de familia “ciegamente colocan en hijas a quienes diariamente se deja bajo la tutoría de domésticas intrigantes”.

La mayoría de las mujeres que habitaban en los conventos e instituciones similares (en calidad de profesas o retirándose de la vida mundana o en depósito por disposición paternal) pertenecía a las clases con solvencia económica. Como en tales instituciones no siempre se vivía en recogimiento sino muchas veces en frívola sociabilidad, se permitía la permanencia de abundantes esclavas y criadas, algunas de las cuales entraban y salían estableciendo un amplio puente de comunicación con el mundo exterior. Los satíricos y costumbristas de los comienzos de la vida republicana han dejado donosas descripciones de la “mulata de convento” caracterizada por el lenguaje *guaragüero* que empleaba en su chismografía religioso-profana. También la población satélite que existía en los conventos de hombres era elevada. En resumen, el censo levantado por Egaña en 1790, que sólo abarca a quienes habitaban el “recinto” de la ciudad de Lima, da a saber que entre el total de 3,287 personas de los monasterios y casas similares había 1,060 esclavos, criados y donados.

Por la senda enmarañada, deformadora y siempre penosa de la adaptación,

en especial la de carácter económico que en lo precedente se ha descrito, llegó el negro costeño del Perú a un llano aceptable como lo son esos que al final de un camino plagado de inseguridades, derrumbaderos y riesgos, se ofrecen en forma de descanso que el abatimiento acepta por precario que sea el sosiego que ofrecen. Tal estación vital se llamaba conformismo. Significaba una entrega, sin duda alguna. Pero las sobresalientes condiciones de adaptación que el hombre de color mostró en todos los lugares a los que fue trasladado contra su voluntad, también aquí le permitieron no solo sobrevivir sino ganar terreno. Hubo en el Perú un innegable proceso de aceptación cultural, que parece mayor que en otras partes de la América Latina, mediante el cual en muchos aspectos sociales, las culturas negras y aquéllas con las cuales convivieron, se combinaron en un mosaico, en un conjunto aceptablemente armónico por entonces, que reconciliaba actitudes conflictivas. El examen de lo que ocurrió en el aspecto regio- so sirve para apoyar esta aseveración.

Si se examinan las listas de quienes fueron sentenciados por la temida Inquisición, y las faltas que motivaron sus condenas, se halla un regular número de negros, en verdad. Pero en muchos casos los “delitos” confesados mediante el tormento son de carácter sexual. Hay unos cuantos mahometanos, brujas que suministraban filtros de amor, videntes, adivinos, visionarios. Pero poco se advierte la condena como resultado de la práctica del culto a dioses africanos. Esto parece indicar que la resistencia religiosa que inicialmente debió existir, con el tiempo desapareció sin dejar focos de “religiones en conserva”, como la *santería* cubana y los *candomblés* o *macumbas* brasileños. Por el contrario, antes de que pasara un siglo de la llegada del africano al Perú, se dio un caso de adaptación que resulta extraño si se le considera en comparación con los sentimientos contraculturales que surgieron en otros países de la América Latina.

Las características sociales del Perú virreinal no fueron propicias a las supervivencias de las religiones africanas entre la población de color. Las haciendas y latifundios costeños tenían párrocos que vigilaban el apropiado cumplimiento de aquella parte de la rutina diaria que estaba destinada a imponer la catolización a la esclavatura, y que impedía cualquier desviación religiosa que consideraban inconveniente. En cuanto a la población citadina de color, he hallado buen número de informaciones que parece indicaran que, por lo menos durante el primer siglo de coloniaje, encontró en las cofradías un velo protector que le permitió practicar en forma encubierta el culto a sus dioses ancestrales. Pero hay circunstancias que me dan a entender que el proceso de adaptación cultural hizo desaparecer gran parte de tal supervivencia, lo que es explicable debido a los cambios que experimentaron las cofradías. Creadas en Lima apenas cinco años después que se fundara la ciudad, rápidamente crecieron en número y

se organizaron “por naciones”, vale decir tribus. lo que creó en ellas una fuerza interna de cohesión tradicionalista. Pero el clero ejerció sobre tales instituciones una vigilancia estrecha y enrumbó buena parte de sus actividades hacia la asistencia social. Comenzaron a amalgamarse las de distintas *naciones*, se subdividieron luego por castas, disminuyeron en número y cofrades. En el siglo XVIII la mayoría de ellas tenía un carácter económico, porque se confundían con los gremios. La principal actividad era ya ceremonial y de contribución al rito católico: realizar ostentosas presentaciones en las *mojigangas* que acompañaban las procesiones⁵.

En 1579 nació en Lima Martín de Porras, hijo de un español (que era caballero de la Orden de Calatrava) y de una negra libre. Aunque pocos años después fue reconocido por su padre, habitó mayormente con la madre en el suburbio llamado Malambo. Allí, de un moreno como él mismo, aprendió el oficio de barbero-sangrador, que permitía curar heridas, úlceras, postemas y males similares, mediante emplastos, brebajes y una terapéutica, secreta en cada practicante, en la cual debía existir magia africana sobreviviente. Todo eso era normal en la vida limeña y no hacía prever que Martín estaba destinado a obtener para los individuos de su color y condición un triunfo inusitado: que los blancos se arrodillaran ante un mulato pidiéndole que curara sus males y perdonase sus pecados.

Según aparece en las informaciones que más tarde se redactaron acerca de su vida, los demonios lo perseguían a pesar de las muchas horas que desde niño pasaba en oración. Para librarse de ellos pidió que lo admitieran en el convento de Santo Domingo, en cuya iglesia se hallaba la Virgen del Rosario, que tanto figura en el sincretismo religioso negro de la América Latina. Entró en calidad de donado, y corrieron a su cargo el barrido de los claustros y otras faenas muy modestas. Pero por entonces era usual que se practicara en los monasterios la medicina mágico-religiosa heredada del medioevo europeo. La experiencia que Martín traía de Malambo lo acercó a esta magia de los blancos, llevándolo a la enfermería. A cargo de ella, durante muchos años y con una modestia que él convertía en humildad al considerar su origen y color, con afabilidad, dulzura y cierta burlonería sin mala intención, Martín se entregó a la tarea de ayudar a los menesterosos. Lo hizo de una manera tan magnánima y exitosa que lo rodeó de una aureola que brillaba con fuertes fulgores. Más que eso: realizó aquellos milagros que se relatan en la información a que antes me he referido. Dejando de lado las puerilidades que en ellas se consignan, en los logros taumatúrgicos que se

5 El autor aporta algunos datos sobre la aparición en esas fiestas, de los bailes “congós” y de “diablitos” del Perú, en un artículo enviado hace poco a Lubumbaohi (Zaire), a solicitud del Grupo de Estudios Agro-Hispánicos, para su publicación.

presentan es posible distinguir una terapéutica de rasgos africanos: chupadas de heridas infectadas, emplastos de yerbas, frecuente utilización de la propia saliva del curandero, suministro de placebos y, sobre todo, abundante empleo de la sugestión producida por la palabra de quien, por especial designio sobrenatural, ha sido investido del poder de curar. Cuando el aureolado mulato moría (1639), el Virrey acudió a su lecho a despedirlo. Sus restos fueron cargados por la más encumbrada *élite* de la corte limeña. Según refiere la tradición despedían un olor de rosas, con lo cual quedaba desmentido el profundo saber del erudito jurista Solórzano, quien aseguraba que la gente de color era “pestilencial”. Se podría decir que Martín subió a los altares montado en su escoba de barrendero. Como beato, primero; y como santo, posteriormente.

El camino de reconciliación entre aquellas actitudes religiosas que cuando recién se enfrentaron en nuestro territorio se hallaban en conflicto, abrió paso a otra adaptación que se inició apenas doce años después de la muerte del donado dominico, esta vez en una cofradía de angolas que existía en la zona del arrabal que se denominaba Pachacamilla.

A juzgar por la ontología expuesta por Kagame, Ntu no es sólo la fuerza universal sino también ese Ser supremo que Jahn hace notar que no se puede abstraer de sus formas fenoménicas. El concepto metafísico occidental del dios católico no ayudó al negro converso a que precisara mejor aquella idea difusa sobre qué es lo que constituye la naturaleza del Ente por sí mismo divino. Dentro de la iconolatría en que cayó, la imagen que representaba al que parecía ser el Sobre Todos de los dioses blancos era para él la de Jesús en el Calvario, y esto no ocurrió solamente con los bantús, a quienes me estoy refiriendo: también en el sincretismo yoruba-católico fue Cristo quien representó a Obatalá. No es raro que los angolas de Pachacamilla hubieran reproducido al Crucificado en un muro de su cofradía. El local quedó destruido por el terremoto de 1655, pero no así el muro, que permaneció intacto, siendo desde entonces la imagen objeto de un culto precario que en 1670 aumentó ciertos días en que se le cantaba con acompañamiento de arpa y cajón. Como estas reuniones eran nocturnas y no muy compuestas, se ordenó que se borrara el Cristo. Nadie logró hacerlo porque fuerzas sobrehumanas lo impidieron según refiere la tradición. El gobierno tuvo que autorizar su culto y el muro subsiste hasta hoy en la iglesia llamada de Las Nazarenas. Al ocurrir en 1687 otro terremoto, se sacó una copia de la imagen que fervorosamente se paseó por las calles. Desde entonces cada año, y durante tres días, se celebra la famosa procesión del Señor de los Milagros, a la que acompaña una multitud de fieles. Muchos de ellos son blancos y pertenecen a los estratos económicos que se consideran en las categorías más importantes. Pero la mayoría constituye, en realidad, la suma más elevada de morenos católicos que para tales actuaciones religiosas suele reunirse en la

América Latina.

También por camino religioso, pero esta vez indirecto, en los comienzos del XIX se da el caso de un espécimen trirracial que no sólo se integra plenamente al mundo blanco de Lima sino al mismo tiempo es aceptado por éste hasta convertirse en el médico de cabecera y el consejero espiritual de buena parte de la alta burguesía citadina. Me refiero a un individuo que vivió a horcajadas entre las etapas virreinal y republicana: José Manuel Valdés (1767-1843), un *zamboinga* que es hijo de un amor sin sanción sacramental (*infamia facti*, con expresión de nuestro sabio Salórzano). Protegido por la familia criolla en cuyo domicilio la madre es lavandera, y también por los sacerdotes agustinos que han descubierto sus dotes intelectuales, logra terminar sus estudios en San Ildefonso. Quiere ser sacerdote pero la Iglesia está cerrada para personas de su origen. A pesar de su inteligencia y de los conocimientos que como autodidacta ha atesorado, debe resignarse a ejercer como "cirujano latino", pues tampoco le está permitido matricularse en la Universidad. En el hospital de San Andrés, al lado de eminencias como Cosme Bueno y Unánue, practica, aprende, observa, sugiere y maneja el bisturí cuando quienes lo consideran su colega le piden, bromeando, que haga "sus brujerías". Destaca de tal modo que tanto el Ayuntamiento como el Cabildo Eclesiástico solicitan a Carlos IV que "dispense" a Valdés su color y las circunstancias de su nacimiento. Una real orden de 1806 le abre la Escuela de Medicina, en la cual se recibe de médico después de un curso que apenas dura un año. En 1811 lo hacen catedrático de San Marcos. La Real Academia de Madrid lo admite en su seno. Esos triunfos no le proporcionan la felicidad. Es un solitario, un políglota tragalibros. Vive abrumado por la pesadilla de su color: cuando ya en el zenit de su carrera profesional y política escribe la biografía de Martín de Porras, dice que lo hace para exaltar la memoria de quien había sido de "su ínfima clase y humilde nacimiento". Sentimentalmente autocastrado por el prejuicio racial, en un eunuquismo afectivo se resuelve por la continencia sexual que exalta en sus poesías. Deriva hacia un misticismo blanco que canta la fe en Cristo y el fuego del amor divino. En 1818 publica una paráfrasis de los salmos de David que aventaja a la de Olavide y que, según Menéndez Pelayo, "es sin duda el mejor (salterio) que ha salido de América y uno de los mejores en castellano". Son ya los tiempos de las campañas libertarias en que los negros se convierten en carbón en llama republicana. Valdés escribe su *Oda a San Martín*. Se le hace miembro de la Sociedad Patriótica. Recibe la Orden del Sol. Resulta elegido por los limeños como uno de sus diputados al primer Congreso. Llega a ser el Protomédico General de la República y el Director del Colegio de Medicina⁶.

6 Véanse los trabajos del autor sobre Valdés, en *Turismo y la Prensa de Lima* (noviembre de 1938 y 16 de enero de 1939, respectivamente), en la *Revista Bimestre Cubana* (marzo-abril de 1939) y en *Phylon*, de Atlanta (1942, volumen III, número 3).

Su popularidad la recoge un autodidacta pintor mulato que por su originalidad ha merecido que en este siglo sus obras se exhiban tanto en la Pinacoteca de la Sociedad Hispánica de Nueva York como en la que existe en la Academia de Ciencias de Leningrado. Pese a las deficiencias técnicas que pueden advertirse en las obras de quien, como Pancho Fierro (1803-1879) maneja la paleta dirigido solamente por su fino poder de observación y una indolente vitalidad de colorido, nos ha dejado un retablo de maravillas, expuesto luminosa e irónicamente en la colección de sus acuarelas. Es el mejor tesoro gráfico que tenemos de la sociedad de su tiempo. Sacerdotes, militares, estudiantes, vagos, papanatas, damas de alta alcurnia, procesiones y todo lo imaginable, gracias a Pancho Fierro ha perdurado hasta hoy, habiéndose infelizmente perdido los bocetos de los innumerables murales y anuncios que hizo para las mansiones y los comercios limeños. Quizás lo más interesante para nosotros es la profusión de gente de color que aparece en sus acuarelas, dedicada a sus múltiples actividades ciudadanas: en los mercados, las *mojigangas* procesionales, las faenas domésticas, los oficios públicos, las corridas de toros, la milicia. Pero sobre todo, como danzantes e instrumentistas en el *folklore* musical y coreográfico en el cual impera por entonces la *zamacueca*, hija predilecta y longeva de la adaptación cultural.

La sociedad cerrada en que se mantenía a los esclavos rurales y las duras condiciones de trabajo que se les imponía fueron propicios en mayor grado que la vida ciudadana para que se conservaran más o menos africanizados. El régimen opresivo, la disciplina laboral y la catolización forzada les impedía mantener ciertos rasgos culturales de sus lejanos países. Pero los días feriados y festivos se les permitía algún esparcimiento en reuniones durante las que se entregaban frenéticamente al canto y al baile "salvajes", según el decir de los amos quienes no encontraban peligroso dejarlos expansionarse en esa forma "primitiva". Esa clase de descargas anímicas debió ser el catalizador de la memoria colectiva. En época imprecisa se estableció en la costa un foco cultural de carácter folklórico. Debido al predominio que en buena parte de la América lograron la música, la canción y la coreografía congoleño-angolense, no sería de extrañar que gracias al sustrato aportado por las etnias bantús pertenecientes a ese grupo, se originaran dos o tres "bailes de negros" que resultaron similares entre sí aunque se habrían producido unos en la costa meridional y otros en la septentrional. Abona a favor de esta tesis el hecho de que las manifestaciones folklóricas del Perú muestran semejanza con las que se encuentran en otros países donde hubo buen número de "congos"⁷.

7 El común sustrato congoleño que posiblemente existe en el folklore negro de Sudamérica, lo discute el autor en un trabajo enviado a Zaire para su publicación, al que se ha aludido en una nota de pie de página que anteriormente hemos colocado en esta ponencia.

De entre esos híbridos, uno se fue imponiendo en nuestro territorio hasta haberse convertido en el meollo de lo que se considera hoy el baile nacional peruano. Comienza a mencionarse en letras de imprenta a fines del siglo XVIII y principios del XIX, con el nombre de *zamacueca*, y es descrito y muy comentado por los viajeros que llegan a Lima, pues dicha danza se ha hecho citadina. Esta última característica ha llevado al error de creerla de origen limeño. Sin embargo, hasta ahora el mayor número de quienes se destacan al bailarla, se encuentra en aquellas zonas costeñas donde estuvieron las haciendas con apreciables números de esclavos: Lambayeque, Chiclayo, Trujillo, Cañete, Chincha. Es por entonces expresión arrabalera, de coreografía que al blanco le parece obscena, de canción libre y profana hasta la sátira religiosa. A pesar de la atracción que también sobre él ejerce, el burgués se ve precisado a mirarla por el rabillo del ojo, en actitud vergonzante a causa de la crítica puritana de que la hacen objeto los viajeros europeos. Así pasa a Chile, donde una sociedad menos pudibunda la introduce en los salones de Santiago. Regresa con las bandas militares de las tropas que destruyen la Confederación Perú-Boliviana en 1838-1839 y entonces comienza a imponerse en varias esferas sociales, llegando a hacerlo en forma tan completa que se la acoge en todos los estratos ciudadanos, y nuestros poetas y comediógrafos costumbristas alaban en forma reiterada su gracia, y se complacen en relevar la autenticidad criolla de este "baile de la tierra". En 1862 ya se venden en Lima piezas musicales impresas de *zamacueca*, y en 1870 un músico europeo incluye en su *Album Sudamericano* trece *zamacuecas*, nombre éste que en 1879 se cambia a *marinera*, en homenaje a la Escuadra, con el cual se convierte en el baile nacional por antonomasia, no en virtud de ordenanza burocrática sino por decreto popular sin fecha y firma. Al madurar en el calor del tiempo que también fusiona las etnias costeñas, toma elementos españoles e indígenas. Básicamente en poco se aparta de las características que le ha dado su pasado negro, el cual se hace evidente en el acoso sexual con que el macho persigue a la hembra y en el donaire con que ésta muele con sus caderas promesas y desesperanzas. Pero ciertos elementos, y la elegancia con que la mujer maneja el africano pañuelo, recuerdan danzas españolas. No faltan, tampoco, elementos vernaculares tomados del viejísimo *waynu*⁸. Así, el caso de la *marinera* confirma el descubrimiento que la antropología contemporánea ha realizado sobre el carácter que todo folklore asume, de ser una mediación simbólica entre los grupos y los individuos. Es mediación nuestro baile porque está en medio de lo español, lo africano y lo indio. Es símbolo

8 Respecto a la *zamacueca* véase, del autor, principalmente, un trabajo que apareció en *Estudios Afrocubanos* (1940, 1-2) y en las Actas del XXVI, Congreso Internacional de Americanistas.

porque, avanzando más allá de la distinción entre las diferentes realidades humanas existentes en el país, las une para salvarlas de su aislamiento mediante una expresión espiritual que es imagen de coherencia nacional, vinculando líricamente lo lejano y lo diferente, lo nuevo y lo viejo, el arenal, la *puna* y la selva. En el género femenino de su nombre, así como en la atracción irresistible de su llamado, vive el embrujo que la mulata siempre ejerció sobre blancos e indios.

No se debe pensar que mediante los ejemplos de adaptación que hemos presentado trato de dar a entender que se ha formado ya en el Perú un *compuesto* social, tomado este sustantivo en su acepción química, o sea la unión de dos o más elementos en un todo integrado. Puede encontrarse tal estado de cosas en algunos aspectos de la vida nacional. Pero en los más, predominan las mezclas, es decir, agregaciones que aún no viven dentro de una unión decisiva.

La primera frase (“¡somos libres. . !”) del Himno Nacional, adoptado en 1822, exaltaba el hecho de la libertad política alcanzada con respecto a España. Era bastante haberla conseguido. Pero no resultaba todo lo necesario, pues la democracia republicana no podía prosperar sino en un clima en que desapareciera toda servidumbre.

Desde los finales del XVIII el número de negros horros aumentó considerablemente y el incremento se hizo mayor a partir de 1821 debido a la incorporación del esclavo al ejército independentista, en calidad de libre. Terminada la guerra no tuvo, sin embargo, democrática cabida en el área rural porque no existía en la costa el sector del pequeño propietario agrícola, de modo que el negro se estableció en la ciudad aumentando el número de personas empeñadas en pequeños negocios (vendedores ambulantes, cargadores, chinganos y similares). Otro grupo hizo su vida por caminos que se cruzaban con las sendas políticas y las del delito: el guerrillero de la lucha emancipadora pasó a ser *montonero* (especie de *condottieri* que cooperaba en las revoluciones) y bandolero. Pero durante esta etapa histórica, como sucedió en las precedentes y posteriores, el índice de criminalidad de la población de color no fue mayor que el de los otros grupos.

No tengo todavía la amplia información que permitiría determinar con certeza el monto de los salarios que los varios grupos étnicos que estaban comprendidos dentro de las “castas” coloniales recibía por su trabajo. Esto me impide precisar las diferentes rentas, según los colores de sus pieles, dentro de la misma actividad remunerada, a pesar de que los unos eran esclavos a quienes sus amos ponían a trabajar; otros, negros libres y otros, mulatos y zambos. Pero la discriminación existió. Hubiera sido de esperar que el régimen republicano hiciera desaparecer tan inhumana situación. El camino para alcanzar ese fin, dentro de los patrones socioeconómicos que por entonces regían, era la efectiva

abolición de las “castas”, a fin de permitir la formación de clases que compitieran en pie de igualdad en el mercado de trabajo. Esto no ocurrió porque la esclavitud persistió casi treinta años más en forma oficial, y aún cuando se la eliminó en virtud de una ley, continuó viviendo disfrazada durante largo tiempo.

Si se consideran las circunstancias políticas que existían en la flamante república y los inconvenientes que en la producción agrícola hubiera ocasionado la violenta manumisión general, las medidas que tomaron San Martín y el Legislativo para terminar con la esclavitud parecen hasta cierto punto aceptables. “Una porción numerosa de nuestra especie ha sido hasta hoy mirada como un efecto permutable, y sujeta a los cálculos de un tráfico criminal. Los hombres han comprado a los hombres y no se han avergonzado de degradar la familia a que pertenecen”, hizo notar San Martín el 13 de agosto de 1821. En esa fecha se dispuso la “libertad de vientres”, y el 24 de noviembre del mismo año se reglamentó la medida disponiendo que los amos ejercerían una tutela sobre los nacientes, hasta que cumplieran veinte años las mujeres y veinticuatro los hombres, y que mientras esta durase debían los patrones mantener a los niños y jóvenes y enseñarles algún oficio para que pudieran ganarse la vida en forma independiente. El Congreso Constituyente de 1822 dispuso que todo esclavo que entrara en el Perú quedara automáticamente manumiso. Bolívar declaró que los esclavos podían variar de amo si con ello se les facilitaba que obtuvieran sus cartas de horra. Mas las medidas adoptadas comenzaron a burlarse desde 1825 con respecto a quienes habían obtenido su libertad por haber combatido en las filas de los ejércitos independentistas. Peor aún fue la forma dolosa con que el 19 de noviembre de 1830 se interpretó lo relativo al patronato que los amos debían ejercer respecto a los libertos, merced a lo cual de manera encubierta se restableció la esclavitud. El 24 de agosto de 1831 se abolió la facultad que se había concedido para cambiar de amo. El 10 de marzo de 1835 renació la trata negrera, ahora con un país sudamericano. El 27 de noviembre de 1839 se alargó la duración del patronato hasta que el negro, que en realidad había nacido libre a partir de 1821, cumpliera cincuenta años. El grupo de presión que logró restablecer las antiguas características de la esclavitud era el que formaban los terratenientes y hacendados costeños. Una vez que concluida la agitada etapa política de los primeros años republicanos, comenzó la recuperación agrícola del litoral, sus grandes propietarios cerraron los ojos a una realidad evidente. La forma de acumulación capitalista que empujaba hacia una economía de exportación de materias primas, exigía el empleo del peón agrícola libre y bien pagado. El sistema monopolista colonial había muerto y precisaba entrar al campo de la competencia internacional con sus altas y bajas de los precios del azúcar y otros productos. Pero los latifundistas, como en la segunda mitad del siglo precedente, continuaron sosteniendo que el buen suceso de sus empresas

radicaba en tener abundancia de esclavos. Ellos consiguieron la reanudación de la trata con Colombia que fue suprimida después del ingreso de unos quinientos individuos. Ante tal fracaso comenzarán a traer asiáticos de la China, de los que llegaron unos 2,500 durante el lapso 1849-1856, que en su mayor parte fueron a trabajar en los latifundios septentrionales, en calidad de esclavos disfrazados. Su número aumentó hacia 87,247 en 1874. En 1876 el censo dio a saber que la población “amarilla” tenía un número relativo casi igual a la “negra”: 1.80% y 1.95%, respectivamente. No hubo convivencia armoniosa entre ellas. Esto se debió a que el asiático sostuvo depresso el salario agrícola y a que hizo dañina competencia al hombre de color ciudadano, como vendedor ambulante y propietario de fondas y *chinganas*. En 1891, a consecuencia de la actitud que los chinos adoptaron durante nuestra guerra con Chile, los negros realizaron una matanza de *coolies*.

El 3 de diciembre de 1854, por fin, se ordenó la total manumisión de los negros. La riqueza que el Perú tenía por entonces hizo al Estado generoso al costear esa humanitaria medida, y los terratenientes lograron una apreciable compensación por aproximadamente 22,000 esclavos a quienes se hizo legalmente ciudadanos integrales. Hubo en la redacción del decreto de libertad irrestricta, la influencia filantrópica del grupo liberal antiesclavista que por entonces prevalecía entre nuestros ideólogos. No condujo a adoptar la libertad del negro una consideración de medidas económicas, sino mayormente políticas: conseguir gracias a ella el apoyo de las masas de color para una revolución en marcha, como en efecto sucedió. La fortuita prosperidad fiscal en que vivía el país permitió afrontar su elevado costo. La medida se tomó a ciegas en cuanto a las consecuencias que podía tener sobre la producción nacional. No se estudiaron tampoco los efectos que para la gente de color habrían de derivarse, al no acompañarla de elementos que la hicieran para ella económicamente benéfica y socialmente digna.

El estado de cosas que existía no era propicio en el campo industrial. Los gremios, que supervivieron unos cuantos años de vida republicana, no duraron mucho. La comparación entre dos estadísticas correspondientes a 1837 y 1859, permite apreciar una marcada decadencia cuantitativa. Su reglamentación se advierte estrangulante, a base de exigencias tan imposibles de cumplir como la obligación de que sus miembros supieran leer y escribir, a pesar de que el analfabetismo nacional llegaba a 90%. Desaparecen los aprendices. Las pequeñas industrias nuevas están en manos de foráneos. Artículos tan fáciles de hacer en el país como puertas y ventanas, vienen del extranjero. El artesano y el obrero manual no tienen cabida en los talleres. Hambreados y rabiosos, protestan contra la situación. El gremio de carretoneros, formado íntegramente por gente de color, trata de sabotear la construcción del ferrocarril entre Lima y el Callao,

que los priva de su ocupación. Poco después los carpinteros (gente de todas las mezclas étnicas) queman las puertas y ventanas que transporta ese ferrocarril; y durante cuarenta y ocho horas se baten contra la tropa enviada a dominarlos, produciéndose en la lucha heridos y muertos⁹.

A los siete años de haberse dado la ley peruana de manumisión comenzó en los Estados Unidos la guerra civil que al afectar considerablemente a la agricultura sureña redujo la producción algodonera de ese país, con una consecuente elevación del precio del producto en Europa. Esto ocasionó de inmediato el aumento de su sembrío en la costa peruana, y apreciables ganancias para el hacendado, que si iban a disminuir al terminar la Guerra de Secesión, siempre permitieron que tal actividad siguiera siendo muy rentable. Así se sumó un nuevo elemento a fortalecer la economía de exportación dependiente del mercado y de los precios exteriores controlados por los países industrializados. Hubo un decrecimiento de la agricultura alimentaria del litoral, que obligó a la importación de más comestibles comprados a Chile. De los principales cultivos costeros se exportaban dos tercios del azúcar y más de la mitad de la producción del algodón. Sólo quedaban en el país casi todo el arroz y prácticamente el total del aguardiente, ron y vinos que se fabricaban.

Una agricultura de esa naturaleza obtenía ventaja aparente al eliminar al labrador sustituyéndolo por el músculo humano pagado al menor salario posible a fin de conseguir las mayores ganancias netas en el mercado de venta del azúcar y el algodón. La población negra de la costa resultó en condiciones peores que en la época de la esclavitud. Si no tenía empleo doméstico, no se le presentaban caminos entre los cuales podía escoger el mejor. La alternativa era deplorable. Volvió al galpón agrícola como peón, a recibir un salario depreciado por la presencia del chino; esto si lograba ocupación en el latifundio pues el asiático y la máquina que comenzó a introducirse redujeron las oportunidades. O refugiado en el *callejón de un solo caño* se quedó en Lima y otras ciudades para alinearse en la legión del obrero común, es decir, como simple *brazo* en una industria fabril que no ofrecía esperanzas a causa de su nula preparación general y profesional, pues el extranjero que montaba una fábrica o taller traía de afuera a sus parientes o paisanos, más calificados que el criollo. Esta situación no resultaba la consecuencia de un proceso discriminatorio contra el negro. No existía diferencia con respecto a los otros grupos, de indios migrantes de las serranías, mestizos o blancos pobres. El hombre de color desapareció como ser singular del campo económico, incorporándose en la gran pluralidad de los individuos paupérrimos que resultaban marginados por un sistema injusto y ciego

9 Véase del autor, el Cap. IX de *Evolución industrial y educación técnica* (Lima, 1951).

con respecto a lo que convenía al país. No existió el *ghetto* que por decisión de grupos se mantuviera negro. No parece haberse producido luchas cruentas entre los descendientes de quienes formaron las diversas "castas". Los casos de ataques masivos a las propiedades de los hacendados, o de asesinatos de los mismos, han sido muy pocos y notablemente inferiores en número y víctimas a las causadas por las explosiones de la "indiada" serrana. En los cien últimos años la actitud del negro peruano ha sido semejante a la del hombre de color norteamericano del período precedente al del "poder negro": un paciente esperar, con renuncia de una posible guerra racial, sin manifiesto anhelo de regresar al pasado africano y con la esperanza de que mediante la aceptación, tomada ésta como elemento del proceso aculturativo, tarde o temprano la gente de color conquistaría justas posiciones, gracias al perfeccionamiento profesional, especialmente de nivel universitario, de su juventud.

En el descendiente peruano de africanos que durante la primera mitad del presente siglo logró lugar destacado en el mundo intelectual, el grado de consecuencia con su origen étnico, y sus reacciones, han variado conforme transcurría el tiempo, entre la negación o el ocultamiento vergonzante de su linaje, y la aceptación del mismo a veces con orgullo derivado de variables motivaciones. Son muy numerosos los casos en que resulta difícil o imposible precisar la gama de actitudes que entre esos extremos se ha producido. Dos hallamos, sin embargo, que vale la pena examinar. No me atrevo a calificarlos como típicos; pero la alta calidad de los personajes a quienes voy a referirme abona a favor del análisis.

Ricardo Palma (1833-1919) ha sido quizás el intelectual peruano que hasta el primer cuarto del presente siglo había logrado el más sólido prestigio internacional, la más cálida simpatía popular y el mayor respeto público por su labor al frente de la Biblioteca Nacional de Lima. Durante unos quince años y con ideología liberal tomó parte activa en la política nacional de la que luego se apartó en forma definitiva. Desempeñó puestos públicos, realizó investigaciones históricas, escribió dramas y poesías y editó un periódico satírico. Pero fueron sus *Tradiciones peruanas* (1860-1914) las que le hicieron alcanzar la fama. A causa del prejuicio racial imperante en el Perú, del cariño general que se ganó y del respeto de que gozaba, siempre se evitó ahondar en la investigación del aporte africano ancestral que pudo haber en su linaje según se decía. Desmentida por unos tal posibilidad y utilizada con saña por un intelectual extranjero, la verdad ha quedado envuelta por una nube protectora que no ha alcanzado a cubrir la opinión bastante generalizada de sus coetáneos que *sotto voce* le atribuyó un linaje negro. Dentro de la relatividad que existe en esta clase de apreciaciones debido "engaño de las razas" (con frase de D. Fernando Ortiz), su apariencia física fortalecía la suposición. Aunque el admirado D.

Ricardo se vanaglorió del humilde origen de su familia, no fue explícito respecto al linaje. Hace poco se anunció que se ha hallado la partida de matrimonio de los padres del tradicionalista, según la cual la madre era natural de Cañete, zona de gran concentración de negros, y si la investigación que condujo a tal hallazgo tiene seriedad, ayudaría a reforzar una idea que hace tiempo abrigo. Mi teoría, que permite enfocar desde un nuevo ángulo la variada y contradictoria interpretación de las tradiciones, es que Palma representa lo que podría denominarse un *salto atrás* intelectual que reúne los variados elementos que aportó la mescolanza étnica y cultural de la costa peruana. Herederos de aquel, en las Américas aparecen los decidores negros de historias y cuentos, que hora tras hora retienen la atención de sus oyentes mediante el embrujo de su palabra, en Nueva Orleans, las Antillas y Surinam, y cuyo tesoro literario tiene ya expresión escrita gracias a quienes recogieron el material cubano; el de los *quibungos* brasileños; de las series de *Oncle Bouqui* y *Timalice* de Haití, y del *Uncle Remus* de Jamaica y las islas Gullas. El narrador africano obtiene sus temas del hondón comunal. Refiere hechos históricos que el registro oral ha ido erosionado, y repite cuentos conservados por la tradición que los va modificando mediante diferentes adobos de sentimientos. También D. Ricardo se basa en crónicas históricas, y en expedientes notariales recoge reacciones temperamentales, chismes, decires. Todo esto lo entrelaza y lo anuda en el telar magnífico de su habilidad intelectual, reforzando trama y urdimbre, como lo hace el narrador africano, con proverbios, estribillos, frases y palabras que saben y huelen a pueblo; con habla de *mulata de convento* o de mulato *pinganilla*; con cancioncillas, chispa costeña, espontánea gracia de limeño, voluptuosidad picaresca de criolla. Todo esto es tan *folklore* como los elementos que emplea el narrador africano. Pero Palma inserta lo popular en un estilo limpio y alquitarado, de corte clásico, que lo coloca a nivel de los mejores del idioma castellano de su época, y que le da la perennidad escrita que aquel otro folklore negro no ha alcanzado. Hay otro vínculo entre la “tradición” del intelectual limeño y la narrativa africana a la que nos referimos. En las abundantes páginas de esta última en que los animales son los personajes, los protagonistas (arañas, liebres y tortugas en la mayoría de los casos) representan la astucia que logra dominar a la fuerza bruta burlándola mediante el empleo del engaño que no repara en medios, con gran contentamiento del africano para quien la trapaza no es considerada inmoral sino una dote del intelecto que eleva a quien la ha recibido sobre el promedio de los seres humanos. En la narración burlona de Palma, la ley, el funcionario, las costumbres austeras y las exigencias del marido y del severo padre de familia españoles, por lo común resultan engañados por el criollo poco escrupuloso, con complacencia socarrona del tradicionalista y con gran satisfacción del lector que es el pueblo todo de la flamante república que se

ha emancipado del antiguo amo.

Aunque tuvo inquietudes políticas que abandonó pronto, Enrique López Albújar (1872-1966) difiere bastante de Palma. Durante la mayor parte de su vida actuó en el Poder Judicial, en el que alcanzó alta situación y el cual le ofreció la oportunidad de viajar por el país. Esto último le permitió conocer de cerca a las masas autóctonas y enrumbar las inquietudes literarias, que parcialmente había satisfecho en el periodismo, hacia un género nuevo en el Perú, que inició la corriente “indigenista” con sus libros de cuentos de ambiente y personajes andinos (1920-1933). A diferencia de Palma careció de galanura en el estilo pero en cambio lo aventajó en fuerza de expresión, hondura y realismo que contribuyeron mucho en divulgar los sobresalientes rasgos psicológicos del aborígen. Estas cualidades literarias lo colocaron en prominente nivel nacional y le dieron renombre en los países de habla castellana.

Nació López Albújar en Chiclayo y había estudiado en Piura, ciudades ambas situadas en las zonas norteñas de gran concentración de negros. Con el vigor machuno que caracterizaba su estilo, y con orgullo desafiante que era insólito por entonces y que hacía peligrar su aceptación en los círculos literarios conservadores, a poco de haber triunfado con la primera serie de sus *Cuentos andinos*, briosamente y en tono mayor declaró su linaje africano. En *De mi casona* hizo con orgullo el elogio de su abuela, “pobre cuarterona” que “había surgido de la plebe” para convertirse en *mama-señora* rica, quien era de “faz broncínea, casi tan oscura como los “puros” [cigarros] que fumaba”. En *Matalaché* presentó en forma novelesca la vida de un repentista y esclavo piurano a quien convirtió en amante de la joven patrona; y en sus “poemas afro-yungas” (1938) hizo el elogio cálido y fervoroso de la gente de color moreno, en especial de sus mujeres. A mí me tocó en suerte intervenir de manera indirecta en el frustrado intento que en Washington D.C. realizó, en 1942 aproximadamente, para declamar en público y ante la estatua de Lincoln el poema que había escrito en honor del libertador del negro norteamericano.

El hecho de que ponga especial atención al observar casos como los aquí mencionados, y de que los traiga como ejemplos en este trabajo, indica por nosotros los blancos un reconocimiento de que se presenta en el Perú una situación social que no debería existir respecto al negro. Quienes poseemos o procuramos tener un concepto democrático sobre convivencia étnica, experimentamos el rechazo contra cualquier manifestación de prejuicios y discriminaciones, públicas o privadas y las consideramos deshonorables para el país. Pero también percibimos claramente que la estructura social sigue favoreciendo a los blancos en la obtención de la riqueza y el prestigio que otorgan el poder, con poca diferencia respecto a lo que ocurrió a partir del siglo XVI. En la segunda mitad del presente muchos peruanos de color, gracias a sus propios y

encomiables esfuerzos han alcanzado relieve, nombradía y consideración nacionales. En su mayoría han surgido meritoriamente de la masa y ni siquiera han tenido tras sí el aval de estudios superiores que les hayan concedido grados o títulos que al haber estado tradicionalmente en manos de los blancos resultan llaves que abren las puertas que dan acceso a actividades socialmente destacadas. Algunos de ellos, poseedores de especiales dotes que han afinado mediante su esfuerzo, han destacado en la vida cultural del país. Son pocos los que mostraron una actitud vergonzante respecto a su linaje. Por el contrario: la mayoría ha sido ganada por la “negritud”, y algunos sin haber oído hablar de Senghor y su movimiento. Han reconocido su pasado negro y, más que eso, han relevado las excelencias del negro. Han expuesto con denuedo los abusos o la discriminación de que el negro es objeto en su propio continente, en los Estados Unidos, en nuestro país y en muchos otros. Han exigido la justicia que hace tantos siglos el mundo blanco les debe. Unidos los esfuerzos de estos intelectuales a los desplegados por quienes, debido a herencia ancestral o a sensibilidad artística, han resonado siempre en el Perú ante la música y la canción negras, han logrado suscitar un resurgimiento apreciable de esas expresiones folklóricas, que se extiende, depura y autentifica con un éxito que ya ha comenzado a rebasar las fronteras nacionales. Estos logros y actitudes tienen un carácter individual, o a lo más de círculos restringidos. Pueden conducir a movimientos de mayor cuantía. Pero parece que todavía no fueran de masas peruanas, ni siquiera costeñas. Soy el primero en admitir que el juicio que enuncio puede sufrir una alteración de vicio original. Mi condición de blanco se interpone como un obstáculo para que yo reúna amplia información a fin de determinar con justeza si en mi país existe una conciencia de minoría étnica en el hombre promedio de color moreno, en aquél que no ha formado su criterio a base de lectura sobre la actual reacción del negro en países donde la situación es muy diferente, y en aquél que no ha sido manipulado para que se alinee tras la bandera de enganche de un partido político o sector ideológico con consignas. La experiencia pasada abona en favor de la suposición de que entre nosotros el pueblo negro no se desvincula del conjunto formado por la clase explotada, para singularizarse como grupo. Sin embargo, vale la pena mencionar una anécdota que puede resultar significativa.

Si no se toma en cuenta al general Ramón Castilla (1791-1867), gobernante que por haber sido quien proclamó la manusión gozó del acendrado cariño de los negros, fue Nicolás de Piérola (1839-1913) el político peruano que logró la mayor popularidad entre la gente de color. Era de piel muy blanca y de pelo crespo. Cuando en 1892, valeroso y pugnaz y al frente de su *montonera*, formada por elemento civil que se había enfrentado contra el militarismo, entraba por la portada de Cocharcas a fin de combatir en las calles de Lima contra las tropas gobiernistas, ganó un adepto. Se trataba de un negro que salió

apresuradamente de un humilde *callejón*, agitando en las manos su fusil y muy decidido a unirse a los revolucionarios. Antes de hacerlo dio a saber al caudillo su resolución, empleando estas palabras: “Zambo: ¡aquí tienes a tu negro! ”. ¿Le arrancó esa expresión el hecho de que el pelo ensortijado del político blanco le hizo creer que se trataba de un individuo que tenía sangre africana, lo que despertó en él una fraternidad étnica? ¿O era que para este humilde proletario en armas, la democracia y la exaltación del hombre de color eran términos sinónimos y quien la impulsara tenía necesariamente que ser, por lo menor, zambo?